

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N. 2.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO

Estatua de la Reina de España: grabados — Año nuevo. — **San Anselmo de Cantorbery**: comentario. — **El Baratero**: poesia. — **La Andalucía**: relacion de sus costumbres: grabados. — **Abd-el-Kader**: descripcion y retrato. — **El gran teatro**. — **Palestina** (fragmento): descripcion y grabados. — **Picaro mundo**: poesia. — **Correo de la semana**. — **El dia del año en China**: costumbres. — **Oriental**: poesia. — **Grabados de varias vistas de la América, y de un nuevo sistema de barco á vapor**. — **Boletín científico**: descubrimientos, aplicacion y progresos. — **Revista de Modas**. — **Enfermedad de la remolacha**: exámen de ella.

hecho reciente, que en el año de 1848 estando para terminarse el Palacio de los Diputados, y debiendo colocarse en la fachada principal un relieve ó fronton alegórico y digno del objeto á que se consagraba, la Academia de San Fernando abrió un certámen artístico en el cual tomaron parte los primeros escultores de España. En efecto, la Academia abrió

y no dudamos un momento en creer que la obra del señor Piquer obtendria la preferencia, aunque no faltaba quien decia que el resultado seria favorable á otro escultor, español tambien, pero cuyo modelo no se habia visto aun en Madrid, porque su autor lo habia hecho en Italia.

No es nuestro ánimo ni lo será nunca fulminar una censura contra la Academia, porque no es esta nuestra mision, ni lo permite tampoco la índole de nuestro periódico cuyas columnas, despojadas de toda acrimonia, solo contendrán lo que en nuestra humilde y leal inteligencia pueda ser instructivo y ameno; pero la verdad es que el fronton construido en Italia obtuvo de antemano preferencias inusitadas que dieron lugar á serias y siempre desagradables polémicas. El señor D. José Piquer, confiado en el mérito de su trabajo, esperó el voto de la Academia sin dar un paso fuera de aquellos que la dignidad del artista demanda, no obstante que pudiera muy bien haber sacado partido de poderosas influencias por las relaciones que le habia ya grangeado su bien merecida reputacion.

Cumplido el último de los dos plazos que se habian prorogado en obsequio del escultor que se hallaba en Roma, llegó por fin el dia del fallo, ansiado y temido á la vez por los artistas que con mas ó menos fundamento aspiraban á la

Estatua de la Reina Da Isabel II.

Harémos en breves palabras la historia de la estatua cuyo dibujo verán nuestros lectores en la primera plana de nuestra publicacion, y quisiéramos tambien hacer hoy la biografia de su autor D. José Piquer, escultor de cámara y director



Estatua en bronce de la reina doña Isabel II

sus puertas á la noble ambicion de nuestros artistas, acudiendo á su llamamiento, entre otros, el señor D. José Piquer, que presentó un modelo digno, en el concepto de las personas inteligentes, de aspirar á la palma del triunfo. Nosotros tuvimos el gusto de ver este y los demás modelos presentados, ántes de que la Academia pronunciase su fallo,

gloria de legar á la posteridad su obra y su nombre. Comenzó la sesion por dar el presidente cuenta á los señores acadmicos de haber recibido una carta autógrafa de la Reina, con la terminante órden de no abrirse dicha carta



Candelabro por MM. Lerolle hermanos de Paris.



Candelabro por MM. Lerolle hermanos de Paris.

del Museo de Escultura de Madrid; pero esto último nos es por ahora imposible por carecer de los datos que para ello son indispensables.

Quizá muchos de nuestros lectores recordarán, por ser un

hasta que la corporacion hubiese dado su voto definitivo acerca de los modelos sometidos á su examen. Así se hizo, en efecto; procedióse á la votacion, y resultó premiada la obra recién llegada de Italia, despues de lo cual se leyó la carta, que sentimos no poder copiar literalmente, pero que en resumen venia á decir: « Que en caso de no obtener el premio del fronton el escultor D. José Piquer, era la voluntad de la Reina que este eminente artista hiciera una estatua de su Real persona para colocarla en el Museo de Madrid. » La sorpresa, la admiracion se pintó en todos los semblantes, porque á decir verdad, la delicadeza con que la Reina quiso dar una muestra de aprecio á D. José Piquer debia causar profunda sensacion en los que acababan de desairar la magnífica obra de este artista, y todo el mundo conocerá que si la carta hubiera sido abierta, si la Reina hubiera hecho de antemano la mas leve indicacion, el resultado habria sido distinto aun que no mas satisfactorio para quien, como llevamos dicho, no queria deber su triunfo á poderosas influencias, confiando con razon en el indisputable mérito de su trabajo.

Tal es el origen de la mencionada estatua. Fáltanos ahora decir que el señor Piquer cuyo talento se habia ya hecho apreciar por las bellas y numerosas obras que ha producido, herido en su corazon de artista por el fallo de la Academia, pero estimulado por la singular muestra de aprecio que la Reina le habia dado, terminó en pocos meses la estatua en yeso para despues hacerla de mármol de Carrara, habiendo tenido la satisfacion de corresponder á la bondad de la reina con una de las obras modernas que mas honor hacen á las artes españolas. En esta ocasion puede decirse que no ha habido partidos, pues todas las personas que han visto la estatua convienen en su gran mérito, no solo por lo inimitable del parecido, sino por la grandeza y magestad con que está concebida, por la verdad con que está desempeñada y por las infinitas bellezas de detalle que la realzan. Inmediatamente se hizo una fundicion en bronce que se colocó en la Plaza de Isabel II, de la cual se sacó el diseño que hoy presentamos, y creemos que ya estará concluida la obra de mármol de Carrara que, para gloria de su autor, está destinada á merecer los honores de la posteridad, siendo desde luego colocada en el Museo de Escultura entre las obras mas bellas de todos los tiempos.

Año nuevo.

A buen tiempo interrumpimos
Nuestro silencio y reposo
Para cruzar de la tierra
Ríos, montañas y golfos.

De la Navidad el viento
Nos presta su dulce soplo
Y alegremente yogamos
Entre turronecillos y bollos.

Nuestra esperanza contempla
Por do quier grato alborozo
En ese mar de las Pascuas
Que parece un refectorio;

Y con tan buenos auspicios,
Mal que le pese al demonio,
Hemos de llegar al Puerto
Sin encontrar un escollo.

¿Será que aciaga fortuna
Nos quiera mostrar su encono
Cuando pase esta marea
De dulces pavos y pollos?

Para que todos lo entiendan
Digámoslo de otro modo;
Dejémonos de figuras
Y hablemos liso y lironde.

Preguntábamos si el año
Que á correr vamos muy pronto
Será como el que termina
Ó si será mas dichoso,

Nuestros barruntos son buenos,
Y si no miente el horóscopo
Hemos de vivir alegres
De la fortuna en el colmo.

Pasarán las navidades
Con el momentáneo gozo
Que el jaleo... de jalea
Proporciona á los golosos.

Pero vendrá en pos de aquellas
El carnaval bullicioso
Con sus disfraces y danzas
Á divertir á los locos,

Y á las hermosas doncellas
Que buscan dulces coloquios
Prefiriendo á los turronecillos
Los valsos y los piropos.

Esta borrasca del año
Con su matraca y jolgorio
Y el sempiterno estrivillo
« ¿Me conoces? — Te conozco. »

Es lo que encanta á las bellas
Porque pueden sin bochorno
Entregarse á ciertos goces
Presajios de muchos otros:

Pues cada paso de polka
Y cada golpe de codo

Son en verdad otros tantos
Conatos de matrimonio.

Tambien pasará este tiempo,
Cuya zambra y alboroto
Aliento da á los cobardes
Y hace brincar á los cojos;

Pero vendrá la cuaresma
Dando campo á los devotos,
Para buscar otros goces
En ejercicios piadosos,

Y merecer cuando mueran
Subir de la gloria al trono
Despues de pasar en vida
Las penas del purgatorio.

Mas tarde... pero mas tarde
Vendrán si no me equivoco,
(Despues de la primavera,
Tiempo alegre y delicioso.)

Brindando como es costumbre
Placeres de tomo y lomo
A los hambrientos estío
Y á los borrachos otoño.

Harto sabemos, no obstante,
Que mientras unos al logro
De estos solaces aspiran
En todo el terrestre globo;

Habrán muchos desdichados
Que expresen, con sus sollozos,
De las miserias humanas
El infernal desarrollo.

Y no hablamos de los pobres
Que, despues de mil sofocos,
Dando á los ricos el trigo
Se quedan con el gorgojo;

Ni de aquellos desdichados
Que en inmundos calabozos
Solo la música gozan
De los grillos y cerrojos.

Otros que respiran libres
Y guardan ricos tesoros
Desde la cuna al sepulcro
Pasan la vida en un potro.

Así, pues, el año entrante
Hará humedecer los ojos
A negociantes avaros,
A los amantes celosos,

Y á otros muchos infelices
Que, en perdiendo en un negocio,
Aunque en dos mil saquen fruto
Se dan á dos mil demonios.

Compónganse como puedan,
Y allá se las hayan todos
Los que á ridículos vicios
Pagan risibles saponcios,

Mientras nosotros alegres
Podemos mostrar el rostro
Contando de la fortuna
Con el magnífico apoyo.

Con él contamos, lectores,
Y tomadlo como propio
Pues de vosotros hablamos
Cuando hablamos de nosotros.

DON EMILIO.

San Anselmo de Cantorbery.

POR EL SEÑOR DE RÉMUSAT.

4 vol. en 8º, librería Didier.

El señor de Rémusat, además de sus obras, tiene otro mérito. Su nombre lleva el privilegio recomendable de presentar tradiciones áticas de buen gusto y cumplida urbanidad, que se hacen mas apreciables en razon á que van desapareciendo de dia en dia. ¿Podrá evitarse que el público que lee un libro, tome al mismo tiempo interés por su autor? Si se considera bien ¿qué mal hay en esto? En otro tiempo el concepto de hombre de talento é instruccion suponía prendas de buena educacion, de buen sentido y de cortesania, casi indispensables. Hace cincuenta años nada mas, no se habria soportado ni entre los mejores ingenios la gravedad impudente ni las afectaciones de toda clase de que muchos escritores hacen alarde en nuestros dias.

Leed el libro, se dice de continuo á los lectores, que no están al corriente de los asuntos literarios; pero no trateis de conocer al autor, so pena de experimentar un inmenso desengaño, encontrando en vez del poeta é inventor á quien admirais, un vanidoso insipido, un hurraño insoportable. Triste cosa en verdad fuera la literatura si hubiera de servir para echar á perder ú hacer desagradables las relaciones de la vida.

Debe, pues, alabarse doblemente á los escritores que valen algo, aun prescindiendo de sus libros. El espíritu y las obras del señor de Rémusat le hacen sin duda muy superior á los miramientos; pero no hay duda que tiene un derecho particular á ellos, y que es difícil no ser cortés con un espí-

ritu enteramente empapado, por decirlo así, en la cortesania. Continuar siendo caballero segun la antigua acepcion de la palabra, y pretender el título de escritor libre, audaz y original, no es tan incompatible como se cree. Inútil es que continuemos esta digresion que permitia y tal vez hacia necesaria el nombre del señor de Rémusat, pero que podria hacernos perder de vista su nueva obra.

Los lectores ilustrados conocen todas las producciones literarias del señor Rémusat: sus *Ensayos de filosofía* se hallan en manos de todo el mundo, y sus interesantes misceláneas publicadas bajo el título de *pasado y presente* han sido leídas con mucho gusto é interés. Tal vez no ha habido nadie que haya sembrado mas claridad que él acerca de esa materia siempre tan sombría y ardua de la filosofía alemana á fines del siglo dieziocho. ¿Cómo es posible conocer no á fondo, sino lo bastante, para poder á lo ménos hablar de esos famosos sistemas de Kant, Vichte, Schelling y Hegel? Muchos han tratado de descorrer el velo que cubre esas doctrinas, y no han hecho otra cosa que espesarlo todavia mas. El señor de Rémusat es tal vez el único que en un simple informe en la Academia de ciencias morales y políticas ha llegado á hablar de esa filosofía de un modo un poco razonable y francés, es decir inteligible. Con él vemos desvanecerse un gran número de dificultades; él ha sabido reducir á su justo valor esa terminología que es una de las causas de la especie de confusion que presentan las obras de esos eminentes pensadores alemanes, tanto mas oscuros cuanto que á veces parece que corren tras de la obscuridad.

Hace algun tiempo que el señor de Rémusat con su entendimiento eminentemente claro y flexible parece complacerse en los asuntos ocultos en la noche de los tiempos. Aun no está olvidada su notable monografía de Abelardo, relacion interesante y caballeresca en ciertas partes, pero que en otras parecia capaz de hacer retroceder á cualquier otro, cuyo saber fuese ménos intrépido y decidido que el suyo. En Abelardo se cifra, si no toda la teología escolástica, por lo ménos una parte bastante considerable de ella. ¿Cómo era posible desenredarse en medio de semejante caos? Puede decirse que durante los dos últimos siglos se habia casi renunciado á descifrar esa glosa verdaderamente diabólica, que principia con Dionisio Areopagita, y se extiende hasta la primera época de la Reforma. Hoy se principia de nuevo, dedicándose con laudable ardor á aquel período tan singular de la inteligencia humana, y queriendo, si es posible, resolver enteramente el problema. Este retroceso hácia la filosofía de la edad media ha hecho nacer interesantísimas producciones á cuya cabeza debe colocarse la excelente historia del señor Haureau. Quiera Dios que no se consagren demasiados trabajos á aquella época filosófica extremadamente despreciada en algun tiempo, pero que no deberia tampoco estimarse con exceso en el nuestro.

La historia de *san Anselmo de Cantorbery* que acaba de dar á luz el señor de Rémusat puede ser considerada como una digna compañera de su historia de Abelardo. El autor ha querido añadir como segundo título: *Cuadros de la vida monástica y de la lucha del poder espiritual con el poder temporal en el siglo once*, lo cual prueba que no ha tenido únicamente á la vista un solo hombre, ni una sola doctrina, sino un conjunto de acontecimientos, un período de la historia del catolicismo, considerado en la persona de uno de sus jefes. Antes de hablar de la Iglesia que él considera con razon como una institucion, el señor de Rémusat cuida de expresar los sentimientos de independencia y de extremada imparcialidad que su juicio le dicta. « Prescindiendo de la revelacion, dice el autor, la Iglesia es una institucion y un poder. Como institucion se halla sujeta enteramente á la razon. Su organizacion, derechos, reglas y garantías, todo ello pertenece hace mucho tiempo á la controversia. Como poder ha observado una conducta y tiene una historia; por lo tanto es responsable al juicio de los hombres los cuales no le deben mas que la verdad, porque solo la verdad es inviolable. » Todos aplaudirán la noble firmeza de semejantes palabras que anuncian un aislamiento absoluto de todo espíritu de partido segun lo exigen los intereses de la historia.

Al cabo ¿quién es ese Anselmo de Cantorbery, cuyo nombre es hoy apenas conocido por muchas gentes, bien excusables si se quiere? Un monje de los mas humildes y modestos y al mismo tiempo una lumbrera de inteligencia y de teología, un filósofo eminente, *un doctor magnífico*, como dijo Abelardo. Puede decirse que á pesar suyo se le elevó á la cumbre de las dignidades eclesiásticas. En las grandes luchas que debió sostener contra las potencias seculares, no hubo espíritu de intolerancia, ni necesidad de dominar, ni miras de ambicion particular. En todos los actos de su vida creyó no tener que defender sino lo que él consideraba como la causa de Dios, y no hizo mas que seguir la regla de su fé y el impulso de su conciencia. A su existencia de combates debe agregarse su constante práctica de todos los deberes austeros, todas las virtudes cristianas, humildes y puras, constantemente despiertas y en pié al rededor suyo; y luego una existencia de escritor de las mas fecundas, y grandes trabajos sobre los puntos mas abstractos, y acaso mas insolubles de la teología, como la gracia, el libre albedrío, la predestinacion, etc..... Dejó dos obras de teología escolástica de las mas considerables cuyo solo aspecto asombraría á los actuales talentos. Esas obras parecen haber sido el recreo de aquel hombre singular que jamás tuvo un momento de descanso. Inexplicable es la asombrosa actividad intelectual de esos filósofos, de esos grandes teólogos de la edad media.

El señor de Rémusat, queriendo hacer revivir á nuestra vista uno de los jefes ó patriarcas de la teología del siglo once, ha tenido mucha razon en tomar las cosas desde el principio, y hacernos asistir como si dijéramos al nacimiento de su héroe en la ciudad de Aoste hácia el año 1033. Semejantes historias no tienen hoy mérito á nuestros ojos, si

no se nos dan completas y con toda su sinceridad. La edad media es minuciosa, está llena de pequeñas noticias y detalles, y por eso mas que por otra cosa merece cautivar nuestra atención. Seguramente es muy curioso el ver á un niño descendiente de una familia de Lombardía, colmado de todos los dones de la cuna y la fortuna, salir el primer día de la casa paterna y marchar en busca de un abad de la vecindad, el abad san Benigno de Fruttuaria (Mabillon ha conservado su nombre), para pedir que le admitiesen en la comunidad. Este paso puede sorprender sin duda y ser muy justamente criticado, ¿pero era ó no conforme al espíritu de aquella época? He aquí lo que debe preocupar ante todo al historiador quien en tal caso tiene mucha razon en limitarse al simple papel de cronista. Por lo demás el abad san Benigno tuvo bastante buen juicio para no admitir la súplica del niño y hacerle volver á la casa paterna. Solo fué mucho mas tarde y despues de haber atravesado las pasiones y aun los descarrios de la juventud, cuando Anselmo guiado por el famoso Lefranc entró en la Abadía del *Bec*, y no tardó en distinguirse como Maestrescuela por la viveza de su inteligencia y su saber profundo, á cuyas brillantes dotes reunia las de un alma enteramente dedicada al servicio de Dios.

Ya tenemos pues á Anselmo establecido en la Abadía del *Bec*, la cual era casi tan célebre en aquella época como la de Cluny. Al cabo de poco tiempo reemplazó en calidad de prior á Lefranc quien tuvo necesidad de trasladarse á la corte de Roma para sostener cerca de la santa Sede la causa de su señor el famoso Guillermo el Bastardo, empeñado en un matrimonio que desaprobaba el Papa Nicolás II. El historiador sin insistir demasiado en los detalles da una fiel imagen de la existencia del claustro, la cual, bajo una apariencia uniforme, no deja de tener sus acontecimientos y crisis interiores; presenta primero á su héroe arrodillado ante el altar, entregado á todos los rigores de la penitencia, dando sin cesar el ejemplo de la mortificación, asperezas y ayunos, y empleando despues una parte de la noche en corregir y poner en limpio algunos de esos antiguos manuscritos, que tanto deben al celo y erudición de los monasterios. Para él no habia jamás languideces místicas ni contemplaciones inactivas. La meditación y las ilusiones no aflojaron ni un momento los resortes de su inteligencia. Tenia uno de esos espíritus agitados y febriles en la teología, que como el del grande Arnault, solo descansan en la eternidad. Y por otra parte; cuántos cuidados y trabajos en el seno del claustro! A cada instante llegan almas heridas por el mundo y que es necesario recoger y consolar, distribuyendo la divina palabra bajo todas sus formas á todos los que se presentan.

Los rápidos progresos de Anselmo no habian dejado de excitar ciertos celos en torno suyo. Un jóven monje llamado Osberne, se hacia notar mas que ningun otro de sus detractores, y no cesaba de perseguirle con sus rasgos satíricos. El prior léjos de dejarse llevar de algunos ímpetus vengativos que á veces se forman ó conciben tambien en el fondo de las almas piadosas, prefirió dejar pasar la pequeña borrasca concitada por el espíritu del jóven Monje. Otros le habrian separado de sí por instinto, pero él, al contrario, se esmeró en aproximarle á su persona, empleando la mayor suavidad y hasta las caricias para con él. El jóven se corrigió insensiblemente de las vivezas de su carácter, se volvió humilde, sumiso, y dispuesto á plegarse á todos los rigores de la orden. Anselmo esperaba hacer de él uno de los mejores siervos de Dios, mas por desgracia fué atacado de una cruel enfermedad, y por mas que el prior le prodigó los mas tiernos y asiduos cuidados, no fué posible llamarle á la vida. Despues de algunos dias de padecimientos, Osberne cerró los ojos y exhaló el último suspiro en brazos de Anselmo, que trataba de reanimarle y sostenerle en su lucha contra la muerte. Esta simple y exacta pintura de los últimos momentos del jóven Monje, debe colocarse entre las mejores páginas del libro del señor de Rémusat.

Muy luego se puso Anselmo á componer sus primeras obras religiosas, entre las cuales se distingue la que lleva por título *la Verdad*. En ella se desarrollan ya esas cualidades de dialéctica sutil y refinada que será el carácter principal de su filosofía. La invasion de Inglaterra por los Normandos, grave acontecimiento histórico cuya importancia ha sido aumentada por un célebre historiador, ejerce grande influencia en el destino de Anselmo. Lefranc abandona la Francia para ir á revestirse en Inglaterra de la dignidad episcopal, y Anselmo le reemplaza como director de la Abadía del *Bec*. Necesario es pasar rápidamente sobre los acontecimientos pasados hasta el tiempo en que Anselmo es nombrado arzobispo de Cantorbery, y entabla con Guillermo el Rojo una lucha justamente memorable con motivo de las tierras arrancadas á su arzobispado. Muy interesante será siempre, y tambien puede decirse, muy tranquilizador para la suerte de la humanidad, el ver á un simple religioso hacer frente á un conquistador, sin oponer, al abuso de la fuerza y al desprecio de los tratados, otras armas que las de la conciencia y de la fé.

El señor de Rémusat ha consagrado con razon mucho campo á la historia de esta lucha que tanto lugar ocupa en la historia de su héroe. Complicase por otra parte con la cuestion de las investiduras que, puede decirse, fué la que dió movimiento á toda la política de la edad media. Las discusiones que se elevaron entre Guillermo el Rojo y el Arzobispo de Cantorbery continuaron bajo el reinado de Enrique I, con ménos ardor por parte del rey, pero con la misma firmeza de alma y la misma perseverancia en sostener los intereses de su silla por parte del religioso. Las circunstancias relativas á los diferentes destierros de Anselmo, su regreso á la Abadía del *Bec*, el viaje que Enrique I hizo expresamente para llevarsele y ahogar la emoción causada por su marcha, los detalles de la especie de odisea teológica que emprendió á través de la Francia; todos esos hechos contados con mucho arte y esmero son demasiado numero-

sos y variados para que podamos insertarlos en este artículo. Vale mas referirse directamente al mismo libro el cual no deja escapar ninguna de las particularidades históricas teológicas ó intelectuales capaces de poner en claro el carácter y existencia del piadoso personaje.

Las obras de san Anselmo no se leen ya hace mucho tiempo; tal vez es de desear que no caigan sino en manos de hombres de talento, llenos de exactitud y moderación, y que como el señor de Rémusat sean capaces de presentar al público nada mas que la sustancia de ellas, sin resucitar discusiones ociosas y añejas. « ¿Y cómo no habiamos de encontrar en sus escritos, dice el historiador de san Anselmo, con la sagacidad del moralista, esa emoción de la caridad que se comunica explayándose y hace tan expresivas las palabras? Las obras de puro espiritualismo, á pesar de las sutilezas inevitables de las forzosas repeticiones y de los abusos de exclamaciones y apóstrofes, son tiernas á veces, y podrian servir aun en el día de excelentes libros de devoción. » En seguida compara las *Meditaciones* de san Anselmo con la *Imitacion de Jesucristo*, y con la *Introduccion á la Vida devota de san Francisco de Sales*.

En cuanto á las obras filosóficas que son la parte verdaderamente original del genio de san Anselmo, tal vez se echará de ménos que el señor de Rémusat haya dado tanta extension á los detalles biográficos, y reservado tan poco espacio para el análisis de sus dos grandes tratados el *Monologion* y el *Prologion*. Pero si se hubiera internado demasiado en ese exámen el autor, se exponia á encontrarse muy luego en plena discusion de teología escolástica, lo cual le hubiese hecho perder de vista el conjunto de su asunto. Como solo se trataba de manifestarnos en san Anselmo no solo el pensador, sino tambien el arzobispo, el hombre político y el teólogo, no convenia que una de las partes se desarrollase en perjuicio de las demás. Las obras filosóficas de san Anselmo, asi como la mayor parte de los voluminosos tratados de la edad media, conducen á un solo principio, á una idea generativa que puede resumirse en pocas palabras. Demostrar la existencia de Dios por medio de la idea de lo muy grande, es decir, del sér perfecto, tal es el punto esencial en que se apoya toda la filosofía de san Anselmo, quien tuvo la honra de procurar á Descartes este argumento célebre que es una de las mas fuertes pruebas ontológicas de la existencia de Dios. « La idea de lo infinito no podria hallarse en el entendimiento de un sér finito, si no le hubiera sido inspirada por un sér infinito. » Nuestros lectores no extrañarán que no insertemos el resumen dado por el señor de Rémusat de las dos grandes obras de san Anselmo. El mas simple sumario pareceria muy árido, y es dudoso que se pudiera llegar á hacerle comprehensible. Los lectores curiosos y valientes lo hallarán al fin de la obra y podrán meditarlo. No es la filosofía de san Anselmo una de esas cosas que pueden estudiarse jugando. Aun cuando se aplique todo el pensamiento y esfuerzo para comprenderla, no es todavía muy seguro que se consiga.

Nótese únicamente, y sin entrar en el fondo de las cosas, que san Anselmo á pesar de todas sus luces y el fervor de su celo, no ha podido escapar á la acusacion de panteísmo que pesa sobre todos los que piensan y acerca de lo cual deberán tomar por fin su determinación. Sabido es que Descartes ha sido considerado como el grande instigador del espinosismo; Fenelon, en su tratado *de la existencia de Dios* no pudo ménos de aproximarse directamente á aquella doctrina. ¿Y qué, Descartes, Fenelon y hasta san Anselmo han de estar inficionados de espinosismo! y habrémos de concluir por eso que cualquiera que en materia de fé trate de poner en juego la mas noble y, puede decirse, la única facultad intelectual del hombre, cual es la razon, ¿se ha de hallar necesariamente y á pesar de sus intenciones inclinado al espinosismo? Una vez sentado este punto, hay que convenir, en que este defecto de que tanto uso se ha hecho contra los pensadores de nuestro tiempo no puede dejar de perder mucho de su valor.

Cuando se trata de escritores tan distinguidos como el señor de Rémusat, es casi superfluo insistir acerca del mérito del estilo. La única reconvención que me permitiré hacer á *la Vida de san Anselmo de Cantorbery* es que tal vez haya demasiada extension en el conjunto. A veces es fácil estraviarse entre la infinidad de los detalles; me parece que algunos de ellos podrian muy bien haberse suprimido sin peligro ni inconveniente. ¿Pero con cuántas calidades de talento, gusto y penetración crítica y filosófica no está compensado este defecto! Pocos hombres poseen en mas alto grado que el señor Rémusat el don de interesar con asuntos que por sí mismos presentan pocos atractivos. De desear es que el autor complete pronto esa galería de grandes pensadores de la edad media que con tan feliz éxito ha abierto ó principiado. No es tan sensible como se cree que los entendimientos filosóficos penetren en las tinieblas de la teología escolástica, que para nosotros es todavía una especie de problema irresoluble. La edad media que con tanta facilidad fué puesta á un lado, no ha dejado nunca de pesar sobre ciertos puntos de los estudios y doctrinas modernas. Estudiarla de cerca y examinarla á fondo es acaso el medio mas directo y seguro para librarnos de ella.

EL BARATERO.

Al que me gruñía le mato
Que yo compré la baraja:
¿Está osté?
Ya desnudé mi navaja;

Largue el coscon y el novato
Su parné,
Porque yo cobro el barato
En las chapas y el cané.

Tiemblan sargentos y cabos
Cuando me pongo furioso:
¿Está osté?
Donde yo campo y yo toso
No hay ternejales, no hay bravos,
¿Chachipé!
Porque yo cobro los chavos
En las chapas y el cané.

A naide temo ni envidio;
Soy mu feliz y mu crudo
¿Está osté?
Y si la ley del embudo
Me echa mañana presidio,
Yo sabré
Cobrar en Ceuta el susidio
De las chapas y el cané.

Rico trujan y buen trago....
¿Tengo una vida de obispo!
¿Está osté?
Mi voluntad satisfago
Y á costa agena me achispo;
¿Y porqué?
Porque yo cobro y no pago
En las chapas y el cané.

Así camelo y recluto
El corazon de mi moza:
¿Está osté?
Y aunque ha peinado corozá,
Seré su rey ausoluto;
¿Lo seré!
Mientras me paguen tributo
En las chapas y el cané.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

La Andalucía.

Estamos de acuerdo con el escritor francés que ve en la célebre *Sierra-Morena* el límite puesto por la naturaleza entre las regiones templadas y las tropicales, citando esta culminante punta de la Andalucía como prueba geográfica de que las columnas de Hércules fueron violentamente separadas por una irrupción del Océano, acontecimiento que la superstición ha presentado de un modo que repugna á la ciencia tanto como á la razon, pero acerca del cual pueden ya felizmente emitir su voto la arqueología, la filosofía y la historia, desvaneciendo los crasos errores con que la ignorancia acude siempre á lo maravilloso para explicar los fenómenos naturales. Creemos tambien con el mencionado escritor, que si algun pueblo ha conservado su originalidad, su fisonomía propia, resistiendo al monotonó nivel de la imitación, extendido por todo el mundo, ese pueblo es el de Andalucía, aunque no pensamos como el autor que llevamos citado, que esto consiste en el clima y en el largo período que duró allí el imperio de los Árabes, porque esto seria como tomar el efecto por la causa. El clima y la mezcla ó contacto de raza explican perfectamente la diversidad ó la homogeneidad de caracteres, pero no la conservación de estos, pues vemos otros muchos pueblos de igual origen y en idénticas latitudes que ofrecen prodigiosas metamorfosis.

Lo que resulta de cierto en todo lo que hasta aquí se ha observado es que, efectivamente, la Bética, esa hermosa y alegre comarca á que los naturales dan graciosamente el nombre de *tierra de María Santísima*, presenta en todo indestructibles rasgos de originalidad, siendo digna de estudio por la fertilidad de su terreno, por los ricos y varios monumentos que contiene, y sobre todo por lo que se refiere á sus habitantes.

Como nuestra publicación es eminentemente española, la ILUSTRACION contendrá con frecuencia grabados que den á conocer las deliciosas costumbres y joyas arquitectónicas de nuestro pais, y así verán hoy nuestros lectores en el lugar correspondiente, ya que de Andalucía vamos hablando, la soberbia catedral de Sevilla que no es como la de Córdoba una mosquea árabe convertida al culto católico y guardando aun los versos del Korán incrustados en el mármol de sus murallas, sino una verdadera catedral gótica, formando en sus elevadas naves la cruz latina, y no cediendo mas que á la basilica de San Pedro, en Roma, en gigantescas proporciones. Hay sin embargo en el edificio grandes obras de los Árabes, tales como el patio y la torre de la Giralda, torre famosa en el mundo, que tambien presentamos á nuestros lectores, y que los extranjeros admiran como estimable muestra de nuestros tesoros monumentales. Por lo demás, difícil nos seria dar una idea de las riquezas que esta catedral encierra, principalmente en pinturas de un valor inmen-

so, pudiendo citarse entre muchas obras debidas á los maestros del arte el *San Antonio de Padua* y el *bautismo de*



El Majo y la Maja.

Cristo que Murillo legó al primer templo de su pueblo natal. Y ya que de la catedral de Sevilla se trata, diremos que la pendiente de la gran torre cuya altura tiene 300 piés, es tan suave, que Carlos IV y María Luisa la subieron alguna vez á caballo. Por último, es digna de verse la famosa estatua de bronce llamada *Girald* (de la palabra girar) que sirve de veleta, y que en efecto da vueltas al menor soplo del viento á pesar de que tiene catorce piés de altura y pesa treinta y seis quintales.

Tambien verán nuestros lectores el *Circo de Sevilla*, que por desgracia no está concluido, en el cual la elegancia de la arquitectura iguala á la riqueza de la piedra con que está construido, pues es todo de mármol blanco, pudiendo decirse que si un día fuese esta gran galería terminada, rivalizaría con los mas brillantes monumentos de la antigua Roma. Y damos en fin un ligero diseño de la entrada de la Alambra de Granada, precioso alcázar el mas acariciado quizá por la musa descriptiva de nacionales y extranjeros.

En otros números de nuestra publicación nos detendremos á dar mas pormenores de las bellezas de arquitectura que en nuestro pais gozan de mayor ó menor celebridad, pero que podemos presentar en parangon con lo mas notable que bajo este concepto ofrecen otras naciones. Por hoy nos hemos limitado á dar algunos dibujos de los monumentos notables de Andalucía como testimonio de las magnificas obras que el arte ha sembrado en aquellas provincias no ménos favorecidas por la naturaleza.

Echemos ahora una ojeada sobre los habitantes del suelo andaluz, y conviniendo con el susodicho escritor francés en las causas que han contribuido á la formacion de un tipo tan original, digamos porque esta originalidad de carácter y de costumbres ha rechazado la plaga de la imitacion, conservando su primitiva pureza en la privilegiada *tierra de Jesus*.

Esto consiste en que los andaluces calumniados de continuo

por jueces incompetentes, han conocido el valor de todo lo que les es característico, y saben bien que siempre saldrian perdiendo en el cambio. Porque es claro, ni el ave del Paraíso ni el faisán de la China, penetrados de sus gracias, querrán trocar voluntariamente sus vistosas plumas por las del milano, y sus gallardas formas por las del mochuelo. Que en los salones de Paris parodien la severa al par que fria etiqueta de los de Lóndres, ó que los lechuguinos de Madrid esperen con impaciencia el figurin de Francia para posponer un paletó-costal á un arlequinesco frac, santo y bueno, puesto que lo que toman, siendo tan malo, no puede ser peor que lo que dejan; pero ni los sofismas de los antiguos griegos, ni la dialéctica de los modernos alemanes, ni los esfuerzos de todo el género humano podrán nunca persuadir á un andaluz de que sus bailes, su traje, su lengua, su acento, sus costumbres y cualidades, todas en perfecta armonía con su organizacion, con su carácter especial, deban abandonarse para entrar en e-a sociedad seca y desabrida donde los seres vivientes carecen de movimiento como las estatuas, ó solo se agitan obedeciendo á la estrecha ley de un caprichoso compás, para llevar una vida glacial monotoná, desabrida, muy conforme al refinado estudio de la coquetería y muy contraria por lo mismo á las leyes de la naturaleza. Nada de eso: los andaluces, como ántes he dicho, conocen el valor de todo lo que les pertenece; hay en sus bailes, en sus cantares, como en su traje mismo, cierta voluptuosidad que habla, con hartos expresivo lenguaje á los sentidos; pero el instinto del decoro desarrollado en los andaluces, hace que en todas sus diversiones como en sus picantes chistes, caminen en feliz alianza la gracia y la urbanidad, mostrando tal vez bajo los incitadores atavíos de la malicia, los mas puros encantos de la inocencia. Así pues, los hijos de la tierra de Dios amigos de todo lo que es bullicioso sin perjuicio de tercero, como amantes de esa volup-

riencia de las virtudes, rechazan y han rechazado siempre el yugo de la imitacion que todó lo corrompe, diciendo de



Andaluz á paseo.

sus costumbres lo que el sencillo aragonés del Señor Breton, decia de su traje:

Que yo gusto de estar horro
Y tener holgado el hazo,
Y mover el pié y el brazo
Sin necesitar socorro.

Dijimos ántes que los andaluces eran con frecuencia calumniados por jueces incompetentes, y en efecto, no solo en tierra extranjera se les tiene por fanfarrones, sino que en España mismo estamos cansados de ver á los hijos de Andalucía desempeñar un triste papel en las comedias. Esta preocupacion puede pasar entre los que no comprenden que todo en el mundo es relativo, y que nada acaso ofrece tan varias singularidades como el valor de los hombres. Personas hay que se baten bien en campaña y tienen miedo en un desafio, del mismo modo que muchos marineros, acostumbrados á arrostrar con frente serena los peligros de las tempestades, temblarian ante la boca de una pistola descargada. Así son los andaluces: tímidos en ciertos casos, presentan en otros rasgos de asombrosa temeridad; inferiores como soldados de infantería á algunos habitantes del Norte, son superiores á todos en el arma de caballería, y los mismos que por su conducta en un lance de honor dan pávulo á las anécdotas y rechiflas de la maledicencia, cautivan la admiracion del público poniendo banderillas, picando ó matando con firme pulso á un toro que haria tomar las de villadiego al Cid Campeador.

En efecto, los toreros andaluces han llevado siempre la palma: nacen lidiadores y empezando por capear novillos en una aldea, llegan á obtener un dia esa celebridad de los Romeros y Montes, Cúchares y Chiclaneros, espadas inmortales que solo puede producir el suelo de Andalucía. Y cuéntese que no es para mí esta la mejor prenda de los andaluces, porque enemigo como soy de las corridas de toros á las cuales atribuyo en primer término la causa del



Calle y catedral de Sevilla.

tuosidad que tan bien sabe hermanarse con la decencia, y convencidos de que, en cambio, la sociedad austera de otros pueblos encubre muchos vicios bajo la seductora apa-



El Fandango.



Yunta de Bueyes.



El Bolero.

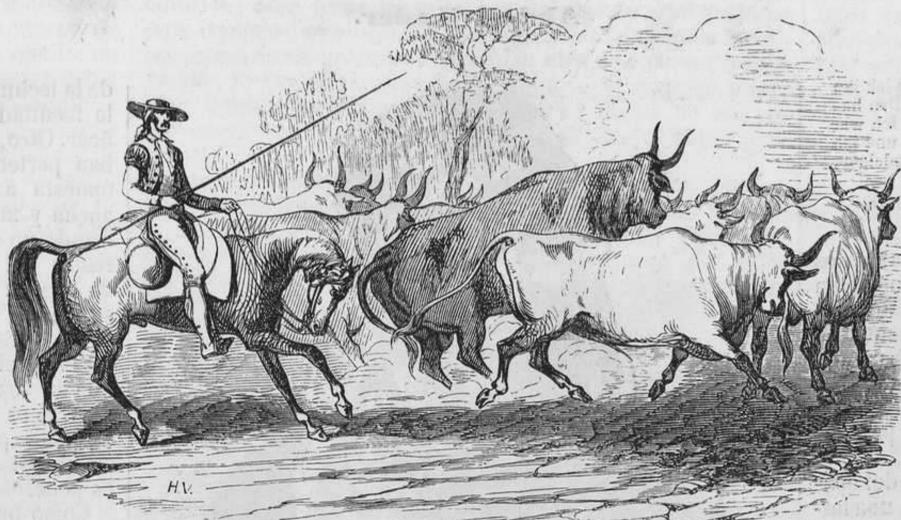
retraso intelectual de mi patria, quisiera ver para siempre desterrados esos espectáculos que pugnan á la vez con los

La abundancia de materiales nos impide hoy detenernos á considerar todo lo que hay de encantador en las diversiones,

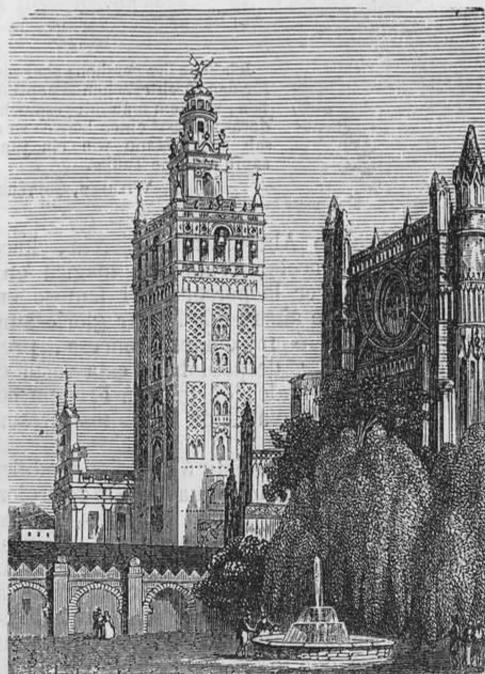
bailes y música de los andaluces, donde las hijas del pais lucen sus gracias naturales, llegando un dia, sin otro apren-



Entrada de la Alambra en Granada.



Llegada de los Toros en la Plaza.



Patio de la Giralda en Sevilla.

sentimientos humanos y con los progresos de la civilización; pero esto no obsta para hacer justicia á los que dan verdaderamente pruebas de valor, aunque sea empleándolo en deplorables pruebas. Algo mas que el torero me agrada el contrabandista, magnífico tipo que revelándose contra las restricciones que la sociedad ha inventado, pasa los dias y las noches á la intemperie, superando mil obstáculos y burlando las persecuciones, llevando por toda garantía de seguridad su trabuco y su caballo, y abreviando las horas de soledad á que su vida le condena, con la poesia de sus cantares y de sus amores. ¡Qué bello es imaginar como un contrabandista, cruzando en el silencio de la noche por solitarios páramos, entona en la música que lleva su nombre ó en la de la cachucha, este y otros parecidos cantares de que la musa del pueblo andaluz es tan pródiga!

Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males:
Negros como mi fortuna,
Grandes como mis pesares.

Y mas bello es todo esto cuando el hombre entregado á esa vida aventurera, llena de vicisitudes tristes y de mortales peligros, se ve en la precision de llevar á la mujer de sus ilusiones á las ancas de su caballo. ¿Podremos describir todo lo que esa vida errante tiene de original, de amarga y al mismo tiempo de sublime? Tan difícil seria esto como hacer al contrabandista abandonar su carrera de agitacion eterna, que en medio de los mas amargos sinsabores le deja apurar alguna vez la copa de los placeres. En todo el mundo hay contrabandistas, y los habrá en nuestra opinion mientras la sociedad quiera conservar las barreras que en perjuicio de los mas favorecen á los menos. Dentro de España mismo viven en todas las provincias multitud de hombres y aun pueblos enteros consagrados al contrabando; pero el contrabandista andaluz descuella entre todos, y merece principalmente mis simpatías, como todo lo que pertenece al suelo de Andalucía.



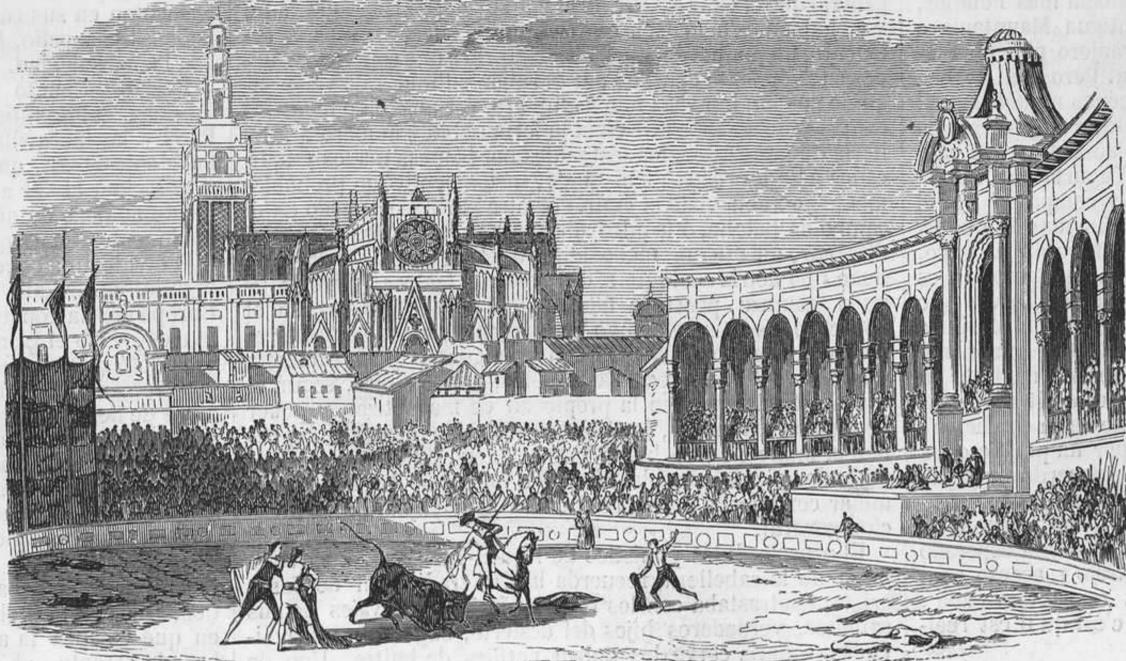
Baile en el campo.

dizaje, á merecer los aplausos como eminentes bailarinas en los principales teatros de Madrid y aun de las c6rtes extranjeras. Omitimos así mismo referir algunos de esos cuentos y metáforas con que los paisanos del célebre Manolito Gazquez amenizan una reunion y otras cosas que seria prolijo enumerar, y para terminar este artículo vamos á ocuparnos de una clase de gente que espanta á los extranjeros y causa tambien fundados temores á los naturales. Hablamos de los ladrones de Andalucía. Esta, en efecto, es una clase que hace poco honor al pais; ¿pero á qué pais puede dar honra semejante gente? Los Chafandines de Castilla y los Jaimes de Valencia dicen que alguna vez tuvieron rasgos de generosidad como los famosos niños de Ecija, y para mengua de nuestra patria muchos escritores contemporáneos se han dedicado á escribir comedias haciendo la apologia de semejantes bandidos con escándalo de la moral y á vista y paciencia de los censores que no han comprendido todo lo que dichas apologias encierran de peligroso. Por nuestra parte estamos léjos de aceptar semejante responsabilidad, y lo único que diremos, circunscritos siempre al tema de este artículo, es que los ladrones andaluces no son temibles solo por ser andaluces, sino porque deben serlo los ladrones de todo el mundo. Por favor, ¡ó periodistas españoles! abandonad alguna vez esas estériles criticas y noticias de toros, para anatematizar todo lo que en nuestra patria hay deplorable, y haciendo este servicio á la civilización, colocaréis á España en el rango que debe ocupar la mas bella de las naciones. Nosotros que de buena fé nos intreresamos en las glorias de nuestra patria, elevaremos sin cesar nuestra voz débil, aunque alentada por un santo deseo, á fin de estirpar los lunares que empañar puedan el esplendor de nuestro carácter y costumbres. Por eso censuramos lo que nos desagrada y recomendamos al mundo entero todo lo que hay mas delicioso bajo el cielo encantador de la Andalucía.

DON EMILIO.



Espada y Picador.



La Plaza de Sevilla.



Muerte del Toro.

Abd-el-Kader.

Ich habe ihn gesehen; aber nie würde ich ihn für den fürchterlichen Häuptling gehalten haben, von dem man mir gesprochen hat. Ich war darauf gefasst einen Löwen zu sehen, und ich sah einen Mann wie ein junges Mädchen, sanft wie eine Taube.

WILHELM, GOTTLIEB SCHNEIDER.

El nombre de Abd-el-Kader ejercía, hace apenas dos semanas, una acción realmente mágica en la población de París. Para ver la persona del famoso emir que, durante diez y ocho años pudo luchar gloriosamente contra la táctica europea é intrepidez francesa, precipitábase un gentío inmenso, y despoblábase esta vasta ciudad, cuyos habitantes son citados en toda la Francia como el pueblo más bausan y papanatas de todos los presentes, pasados y futuros.

Como nadie puede resistir á la acción modificadora del centro en que vive, sobre todo cuando esta es prolongada, una larga residencia en París nos ha igualado, bajo este punto, con su población; y perdidos en la muchedumbre, aguardábase, llenos de curiosidad, la llegada de la marcha pomposa en que, acompañado del Presidente de la república, contrastaba, según decían, Abd-el-Kader, por su traje sencillo y austero, con la brillante constelación de charreteras y vistosos uniformes que lo rodeaban. Inútil es decir que el nombre del jefe Árabe se hallaba en todas las bocas: todos, hombres y mujeres, militares y paisanos, ponderaban su valor, su afabilidad, su belleza física, la originalidad de sus modales, su traje pintoresco, su sobriedad, resignación, austeridad, sus talentos militares, su estrategia; muchos lo comparaban á Napoleon.

Esta admiración excesiva pero sincera por un personaje más célebre que grande, cuya nombradía estriba casi únicamente en la mala administración de la Argelia bajo el reinado de Luis-Felipe; ese entusiasmo maniático por un enemigo cuya porfiada resistencia tanto hostigó los ejércitos disciplinados de la Francia é hizo correr á torrentes la sangre francesa, arguye un gran fondo de generosidad en la población de París, y evoca, por el contraste que ofrece la sórdida crueldad con que, hace cerca de veinte siglos, fué tratado otro Abd-el-Kader que defendió heroicamente el mismo territorio contra la grosera insolencia é insaciable rapacidad de Roma. Incapaz de una sorpresa de generosidad, implacable en su patriotismo egoísta y misantrópico, el senado romano condenó al animoso Yugurta á morir de hambre, después de haberlo expuesto al escarnio é improperios de una plebe soez y vengativa. Los ricos y pintorescos vestidos del Numida fueron repartidos entre los lictores, los cuales arrancaron las orejas del cautivo para apropiarse los ricos zarcillos ó anillos de oro que á ellas adherían; proceder bárbaro que imitaron más adelante las tropas de Tilly en el terrible saqueo de Magdeburgo, y recientemente los Croatos en Italia.

Entre Abd-el-Kader y Yugurta existe una suma bien equilibrada de semejanzas y diferencias, y ambos son simétricos entre sí, completándose cada uno por los rasgos característicos del otro. Un biógrafo prolijo podría establecer entre uno y otro, uno de esos largos y brillantes paralelos en que descuella Plutarco, y que no nos permiten insertar ni nuestras fuerzas ni los límites de este artículo. Ciñámonos á decir que, como Yugurta, Abd-el-Kader distinguióse temprano entre sus compañeros por su gentil talento, pero aun más por su ingenio y perspicacia; que como el monarca Numida, el jefe árabe prefirió la equitación, el manejo de las armas y las privaciones del desierto africano al lujo y á los deleites de las ciudades; que ambos se distinguieron como buenos capitanes, mejores soldados, y sagaces en los consejos; ambos excelentes ginetes, intrépidos cazadores, los primeros á herir al león; y ambos acudieron á batallas movilizadas como la arena y disipándose como el humo; ambos los vemos recorrer el África entera infatigables en su venganza y azuzando los estados africanos contra el enemigo común; ambos proscritos y fugitivos sin más corte que la tienda, sin más reino que el desierto, sin más trono que el caballo; ambos en fin por una analogía más notable, sucumbiendo en el mismo país, en la antigua Mauntania ó moderno Marruecos, y entregado al extranjero por un monarca aliado de la misma raza y religión. Pero aquí acaban las semejanzas, y las diferencias no son menos numerosas, si bien procedentes casi todas del efecto de la civilización en la raza vencedora, y la influencia del islamismo en la raza vencida. Así mientras que el antiguo Yugurta era implacable y cruel, Abd-el-Kader es humano y compasivo; si el indomable rey de Numida era impío y sin más fe que en sus armas é intrigas, el caudillo beduino, morabito ascético, monje y soldado, como los religiosos de la edad media, es venerado entre los creyentes por su acrisolado fervor que degenera en éxtasis y misticismo; si el sucesor de Masinisa era jocoso y fisgón, el hijo de Mahi-el-Din es esencialmente grave y taciturno, austero en sus costumbres y modesto en sus modales; si el indomable Numida pereció ultrajado por una raza de patanes sórdidos, avaros y de ágría condición, el jefe argelino es agasajado y celebrado por un pueblo cuya índole festiva, elegante y poco rencorosa, recuerda el pueblo amable de Atenas.

Tales eran los pensamientos que nos agitaban, cuando un murmullo general nos anunció la llegada del héroe esperado de la fiesta, y una buena mujer, cuyo traje y acento acababan ser normanda, gritó con una voz ronca y avinada: «Tiens, le voilà, *Albert-Cadet*... mais c'est qu'il est réel-ment *beau*.»

Abd-el-Kader representa apenas unos cuarenta años; su



fisionomía es melancólica y algo majestuosa, pero no marcial; su tez blanca y pálida; sus facciones muy regulares; su barba negra y poco cerrada; su cara larga y oval; tiene un signo particular en la parte inferior de la frente, signo que anuncia que deriva su origen de los Hakem, tribu rica y poderosa que tienen la costumbre de imprimir esta señal á sus recién nacidos. Los ojos del jefe árabe son grandes, rasgados, llenos de dulzura y suavidad, y nos parecieron negros, si bien las personas que los han visto de cerca, pretenden que son de un azul turquí oscuro, como el color del cielo en los países meridionales y secos, de que no tienen una idea los habitantes del norte. El vestido del emir era sencillo como el de un mero *châque*: un jaique ordinario (cobertor de lana muy clara), un albornoz blanco (especie de manta de lana con capucha y sin mangas), y una cuerda de pelo de camello en torno de su cabeza, constituían su traje: sin armas, ni puñal, ni pistolas en la cintura, ni signo alguno de guerra.

Abd-el-Kader nos pareció tener el defecto común á los árabes y judíos de ser algo cargados de espaldas é inclinar la cabeza hácia delante; defecto que resaltaba con el porte algo afectado del emir, y nos recordó involuntariamente la expresión con que caracterizaba el aristofanesco Camille Desmoulin el grave continente del austero Saint-Just: *Il porte la tête comme un saint-sacrement*.

Pocos días después tuvimos ocasión de ver á Abd-el-Kader á pié, rodeado de un tropel innumerable. Su estatura nos pareció poco elevada, y sus manos pequeñas, blancas y bien torneadas. Pero lo que nos sorprendió sobre todo, habiéndolo visto más de cerca, fué el sentimiento de resignación y fervor ascético que domina en toda su fisionomía. Así debían ser los religiosos de la edad media, amigos del tumulto de la guerra, no menos que de la tranquilidad del claustro; así debían ser los primeros Templarios, no los Templarios ateos descritos por W. Scott; y el vestido árabe, tan semejante al hábito monacal, completaba la ilusión.

En este segundo encuentro tuvimos la ocasión de ver muy de cerca á Abd-el-Kader, y hubiéramos salido de toda duda en lo tocante al color de sus ojos, si no los hubiese tenido constantemente bajos, efecto seguramente de una modestia real ó fingida, que solo nos permitió ver las arqueadas cejas y largas pestañas del jefe árabe. — Nos pareció igualmente que este cojeaba muy ligeramente, pero como nos constaba por la voz general que el emir se distingue por su andar firme y elegante, y no habíamos oído decir que le hubiese sucedido ningún accidente, no pudimos menos de atribuirlo á una especie de rigidez ó torcimiento causado por el rubor y timidez de verse seguido por tan inmensa muchedumbre, ser objeto de todas las conversaciones, y sentir en sí la formidable y numerosa artillería de tantos gemelos sostenidos por blancas manos y aplicados á lindos rostros femeninos, instrumento que probablemente no había visto el emir. Por otra parte el desnudo en el campo de batalla, ó la intrepidez para acometer las fieras del desierto, de ningún modo implica el género de valor que tiene una actriz cualquiera de nuestros teatros, como la tímida gamuza posee la facultad de mirar y pastar en el borde de los abismos, cuyo pensamiento hace estremecer al impávido cazador. Así ese infatigable guerrero que acometía arrojado en lo más recio de la pelea, y cuyos ojos, según el coronel Scott, poseen la propiedad de magnetizar y poner en fuga á los leones, los bajaba como una doncella, y, como la mujer de que habla Montesquieu, aunque dotado de un andar firme y noble, no podía menos de ladearse y caminar con cierta desmaña al sentirse el objeto de la atención general.

El aspecto dulce y místico de Abd-el-Kader, que, salvo lo largo de la cabellera, recuerda la faz tradicional de Jesucristo, contrastaba con los rostros uraños y salvajes de sus satélites, verdaderos hijos del desierto, cuyas frentes inclinadas y nariz corva les daban perfiles de buitres. Uno de ellos distinguíase por sus ojos grandes y redondos como los

de la lechuza, que parecían desprovistos de párpados y poseer la facultad atribuida á Tippoo-Saib, de mirar sin pestañear. Otro, cuya tez blanca y tendencia á la obesidad acusaban pertenecer á la raza mora diferente y diametralmente opuesta á la árabe ó beduina, se distinguía por su cara ancha y molletuda, ojos abotagados y boca pequeña, ofreciendo un conjunto de angelote rollizo que nos recordaba el rostro del famoso califa Arun-Reshid, que los habitantes de Bagdad comparaban á un trompetero en acto de ejercer su oficio.

Las personas que conocen Abd-el-Kader declaran unánimes que el emir es sumamente sencillo, sobrio y taciturno; que su voz es cavernosa y monótona; que su modo de producirse es fácil, lento, sentencioso, y sembrado de esas locuciones piadosas tan comunes á todos los musulmanes, como *Bismillah*, ó en el nombre de Dios; *Alla-Kerim*, Dios es poderoso; *Incha-Allah*, si Dios quiere, etc.

Como buen musulmán, Abd-el-Kader se abstiene de vino, licores y de la carne del cerdo; ayuna todo el Ramazan, sin contar otros muchos días del año; se prosterna seis veces por día, ora con el fervor de un dervís, tiene momentos de contemplaciones extáticas como un faquir, maneja el rosario como el yatagan, y explica el Alcorán como un ulema. Y, aunque musulmán, Abd-el-Kader, no fuma, ni le gustan las mujeres gordas, considera la monogamia como la perfección, y si ha consentido en tomar dos mujeres, es porque su primera no le daba descendencia masculina. Las tribus del África le profesan una respetuosa admiración, y lo consideran como triplemente santo y directamente inspirado por la divinidad.

Durante su cautiverio, Abd-el-Kader ha dado pruebas de la mayor resignación, de esa fortaleza en la adversidad y sumisión al dolor que es un atributo característico de los Judíos, Indios y en general de todos los Orientales; valor pasivo, valor característico de las mujeres, conocido de pocos hombres, y que recomienda el Evangelio como medio para poseer nuestras almas. «Un carácter apacible y un rostro sereno, dice el refrán árabe, cicatrizan las llagas del corazón.» Jamás un movimiento atropellado ni palabra amarga desmintió la paciencia del emir, fuese esta conducta efecto de piedad, ó propósito de desempeñar hasta el fin y perfectamente el papel que se había impuesto.

Abd-el-Kader profesa, ó afecta cuando menos, la mayor indiferencia por la pompa y maravillas de la civilización, si bien parece reconocer que el poder de la Francia es irresistible, y que es locura luchar contra la voluntad del cielo. «La fuerza viene de Dios,» dicen los musulmanes. En su calidad de *santo*, el emir no puede fijar sus ojos en las bellas occidentales de ojos azules y rubia cabellera, y debe considerar este mundo como vana visión que se disipa como humo fétido. Los *teólogos* musulmanes reconocen la superioridad de los países cristianos como poder y civilización, y la enervación que cunde en todas las regiones islámicas; pero consideran esta tierra como una caravana, y las razas como caravanas. La pompa y placeres en este mundo perecedero son la herencia de los reprobados; las privaciones, humillaciones y desgracias, son promesas de elección. Los prodigios que los cristianos realizan con las artes y ciencias, sugerencias de *Eblis*, esto es, del espíritu maligno que, como una araña astuta y feroz, tiende sus redes y acecha la incauta víctima.

Así, si la piedad de Abd-el-Kader es sincera y desprovista de toda mezcla adúltera de hipocresía, vanidad, ó mira política, debe anidar su ánimo un ideal superior, á cuyo lado debe ser insoportable toda realidad, como los halagos de las más bellas mujeres son repugnantes y asquerosos para un hombre que siente el amor como lo definió Platon y lo sintió el Dante; y al mismo tiempo debe reflejar su ánimo la viva luz que emite la esperanza incandescente, á cuyo lado la luz del mundo es como el fosfórico é intermitente reflejo que la putrefacción exhala. Los creyentes son los verdaderos aristócratas de la humanidad, mas los creyentes sin átomo de impuro análisis; ellos saben contemplar cuando nosotros sabemos apenas meditar, y las promesas de la divinidad que fermentan en sus corazones como la semilla mística de que habla el evangelio, les hace despreciar todo cuanto el hombre llama felicidad.

Bajo este punto de vista, difería completamente Ibrahim-Bajá del extático argelino. La vista de la ciudad de París y las maravillas de la civilización deslumbraban al hijo de Mehemet-Alí, que saltaba como un niño embriagado de admiración, al ver arder el potasio en el agua, ú otro experimento análogo de química ó física; y, ebrio aun de aquel noble entusiasmo que, en su violenta expansión anonada la individualidad propia, y sopla y barre el polvo infecto del orgullo, exclamaba en el diván del Cairo: «Mi viaje á Europa me ha convencido de que todos nosotros somos unos burros, y yo el primero.» Es verdad que Ibrahim era un soldadote grosero que no sabía leer ni escribir, poco religioso, poco versado en el Alcorán, lleno de preocupaciones groseras antes de llegar á Europa que pronosticaban una reacción adecuada, y no admirando más que un hombre entre los cristianos: Napoleon. Al contrario, Abd-el-Kader pasa por un varón tan erudito como santo en el islamismo; sus estudios, su viaje á Egipto y á Bagdad, su peregrinaje á la Meca, le inspiraron ideas de religión y al mismo tiempo de organización política.

Abd-el-Kader echa de menos sin duda sus compañeros, su tienda, su *cuscusú*, el agua salobre, el vasto desierto de Zahara en que chispea la arena y esmaltan los oasis y las palmas, la vida errante, el aire seco y cálido, el placer del vivir cuando coincide con la doble y santa embriaguez de la salud

y de la libertad. Este sentimiento avasalla á todos los individuos de las tribus errantes trasplantados en las ciudades húmedas y nebulosas del norte, que marchita la nostalgia y desarraiga un tenaz y violento deseo. Este mismo sentimiento llega á ser tiránico é irresistible en los estrechos muros de una cárcel, y Abd-el-Kader ha permanecido en el castillo de Amboise desde el principio del año 1848. ¡Qué opresiva debía ser la inacción para un cuerpo tan activo! ¡qué horizonte el de cuatro paredes húmedas para aquel que veía abovedarse sobre su cabeza el cielo puro y sin nubes y extenderse á sus piés el desierto centellante de rocío y oloroso de mirto y de romero! Y sin embargo Abd-el-Kader ha sobrellevado su suerte con esa santa resignación y plácida serenidad que es el atributo de las almas fuertes, templadas como las hojas corvas de Damasco, las cuales las forman, según se dice, clavos viejos que aplastó repetidas veces el martillo; pues podía el beduino poblar su soledad con las visiones de los recuerdos y la esperanza, y poseía lo que, mas que las aguas de la Estigia vuelve invulnerable: no el *Justum et tenacem*, ó en otros términos el estoicismo, ó bien orgullo hipertrófico, coloso con piés de barro que puede derribar un papirotazo; sino ese sentimiento religioso que sabe inspirar el islamismo, tan calumniado por la ignorancia, la frivolidad y la mala fé, ese sentimiento religioso que considera la palabra libertad humana como blasfemia, y reposa en la Providencia con esa fé ingenua que no analiza ni ergotiza, y desprecia tanto la falaz y sensual experiencia, como el análisis seco y orgulloso.

JACOBO BERMUDEZ DE CASTRO.

El gran Teatro.

Si yo tuviera tanto talento de mas como tengo de menos, estoy seguro de que haria cosas extraordinarias, y la primera de todas seria escribir hoy un artículo en que rivalizasen la filosofía y la gracia, dos buenos elementos que bastan á producir un compuesto tan magnífico como los labios de cierta encantadora doncella descritos por un poeta amigo mio en esta quintilla:

Para formar, niña hermosa,
Esa boca angelical,
Hubo competencia igual
Entre el clavel y la rosa,
La púrpura y el coral.

Pero desgraciadamente carezco de lo que mas falta hace á mi propósito, no pudiendo ofrecer á mis lectores otra cosa que buenos deseos, y esto, á la verdad, es muy poco para quien sabe que en los trabajos literarios, lo mismo que en las artes y en las verdaderas ciencias, no tiene aplicación el precepto teológico que dice: con la intención basta.

Digo que haria un brillante artículo, admitida la hipótesis inadmisibles con que le he dado principio, porque el asunto que voy á tratar merecía la pena de ser considerado con el auxilio de esas dotes de que algunos, aunque poco numerosos escritores, han legado al mundo algunas, aunque poco numerosas muestras. Voy pues á decir algo contra el teatro, no porque lo crea perjudicial como J.-J. Rousseau en su carta á d'Alembert sobre los espectáculos, sino porque como escuela de enseñanza me parece enteramente inútil, y este es el teorema que me atreveria yo á desenvolver con gracia y filosofía, si tuviera tanto talento de mas como tengo de menos.

¡El teatro! ¿Para qué gastamos el dinero en ir al teatro? ¿Es para escuchar en el drama el acento de las pasiones? ¿Es para ver en la comedia la pintura de las costumbres? Pues digo francamente que todo esto y mucho mas lo tenemos sin necesidad de gastar cinco francos para ver á Frederic le Maitre, cuyo talento aplaudo, ó á la Rachel cuya elevación admiro; porque todo esto y mucho mas abunda en la sociedad, que es el gran teatro donde tienen lugar esas peripecias, unas veces cómicas y otras dramáticas, de las cuales los mas estimables poetas no suelen presentarnos sino pálidos é insignificantes remedos.

Aunque este asunto da bastante de sí, porque son muchas las cosas que en una comedia deben considerarse, yo tengo que limitarme á lo que exigen las reducidas columnas de un periódico, y por esta razón hablaré solo de los *caractères*, de esos singulares tipos que justamente nos agradan en Molière, sin advertir tal vez que si comprendemos la verdad con que están pintados el *Misántropo*, el *Avaro* y el *Hipócrita*, es porque nosotros mismos somos avaros, hipócritas ó misántropos. Afortunadamente estos tipos no son los mas abundantes, sin que por eso dejemos de ser cada hombre una especialidad según nuestra educación, nuestra profesión y nuestro temperamento.

Examine cada cual su conducta en el espejo de su conciencia, y digamos sinceramente si no tenemos todos alguna de esas muletillas en la conversación, y en el pensamiento alguna de esas manías que no bastarian á justificar nuestra reclusión en una casa de orates, pero que serian suficientes para hacer reír en el teatro. Estoy seguro de que muchas personas que tengan la manía de la imparcialidad contestarán afirmativamente, y tampoco cejaré aunque me digan lo contrario, porque sé muy bien que casi todos los hombres tenemos la manía de no conocer nuestros defectos.

Yo tengo y he tenido siempre manías que alguna vez han producido malos resultados. Recuerdo que, entre otros, tuve yo en cierta temporada el estribo de dirigir á cada uno que encontraba, fuese ó no persona de confianza, esta original interpelación. ¿Cuándo se casa usted? Al oír tan extraña

pregunta, cada cual daba una prueba de su carácter; porque este, para quien lo sabe estudiar, se revela en los mas lijeros detalles de la vida. Unos se sonreían y pasaban á otra cuestión, otros protestaban seriamente que no estaban locos para cometer tan estúpido desatino, y no faltó quien á consecuencia de mi pregunta concibió la idea de contraer matrimonio, lo que sirvió para fastidiarle á él y curarme á mí, pues desde aquel instante conocí que mi manía no era tan inofensiva como yo habia pensado, y la abandoné por peligrosa.

Desgraciadamente dí con un prójimo que me hizo conocer muy pronto los sinsabores del remordimiento, pues tenia él la manía de preguntar á todo vivo viviente si hacia progresos en el violin, dando siempre por supuesto que todas las personas á quienes se dirigía tocaban el instrumento de Paganini. ¿No les parece á ustedes que esta era una singular manía? Pues el individuo en cuestión estaba atacado de ella, y una noche en cierta reunión tuvo la fatal ocurrencia de decirme, según su costumbre, y despues de saludarnos con la debida urbanidad: — ¿Qué tal vamos de violin?

Nunca el víctima de mis manías pudiera haber imaginado medio mas diabólico para hacerme víctima de las suyas. En seguida, y sin dejarme respirar, empezaron las señoras y señoritas de la reunión á mortificarme con estas ó parecidas interpelaciones. — Pues qué, ¿toca usted el violin? — ¿Pues cómo no nos habia usted dicho nada? — Pues es necesario que toque usted algo esta noche. — Pues en casa tenemos violin justamente. — Pues no hay excusa. — Pues siquiera unas variaciones.

Yo sudaba; queria contestar y nadie se dignaba escucharme; negaba el hecho y lo atribuían á modestia. Aquello era un guirigay sostenido ya por un enjambre de maniáticos, que, no contentos con pedirme lo que yo no podia dar, me ponían el violin en una mano y el arco en la otra, diciéndome que las señoritas no eran tan feas para merecer un desaire, y que algunas de las casadas tenían antojo. El desenlace de aquella escena ridiculamente cómica fué, que yo no quise tocar por la sencilla razón de que ni sé como se temple el tal instrumento, ni aun siquiera como se coje el arco; pero habia allí muchas personas que de buena fé me creyeron desde entonces una notabilidad en el violin, calificando mi carácter de poco atento y nada complaciente con las damas. Y ojalá que la broma se hubiera limitado á esto; pues añadiré, para que mis lectores conozcan hasta que punto las pequeñas causas producen grandes efectos, que en la susodicha reunión habia cierto ciudadano que tenia la manía de los anuncios, y como á esta fatal circunstancia unia la de ser periodista, hizo al dia siguiente danzar mi nombre, con las señas de mi habitación, en letras de molde, anunciándome como un consumado profesor de violin ¡Aquí sí que fué Troya! En quince dias no cesó de repicar la campanilla de mi casa, favorecida por multitud de personas de todas clases y condiciones. Unos solicitaban mis lecciones particulares; otros me buscaban para un colegio; algunos anunciaban conciertos tomándose desde luego la libertad de poner mi nombre en carteles y programas. Es bien seguro que jamás profesor alguno ayudado del mérito y aguijoneado por la necesidad ha obtenido tan rica y numerosa clientela. Por mi parte, lejos de agradecer los obsequios y piropos que por do quier me prodigaban, tuve que ausentarme por algun tiempo de la corte donde, á fuer de crearme violinista consumado, me dejaron consumido. Tales fueron las consecuencias de una chanza, de una muletilla de esas que nos parecen inverosímiles y caricaturescas en las comedias, pero que existen y se repiten prodigiosamente en el gran teatro social. Y lo diré de una vez; á pesar de las incomodidades y trastornos que por entonces me produjo la bromita, nada me causó tanta pesadumbre como las felicitaciones que me dirigían los franceses, porque como estos señores llaman *violon* al *violin*, en lugar de titularme profesor de violin, me llamaban maestro de violon. He aquí otro de los matices que en nuestro carácter esencialmente cómico hace resaltar la vanidad humana, la mas cómica de nuestras propiedades. He hecho esta pequeña digresión para corroborar la idea de que en la sociedad abundan los tipos raros dando lugar á situaciones, de mejor ó peor género que, bien dialogadas y representadas con todos los atavíos del arte, palidecerían en ese pequeño recinto á que los interesados ó adeptos han dado el enfático nombre de *escuela de las costumbres*. Por lo demás examínese á cada hombre según su profesión ó rango en la sociedad, y se le hallará un papel marcado y sostenido de tal manera que, ni el poeta ni el actor de oficio podrian imitarlo sino como se imitan los diamantes, esto es, de un modo incompleto, pues aunque por de pronto fascinan, no pueden resistir á la prueba del análisis. En efecto, hablen ustedes con un poeta, con un pintor ó con un músico, y verán como estos señores hacen recaer todas las conversaciones sobre los versos, los colores y las corcheas. Lo mismo que digo de los que profesan las bellas artes ó letras se puede decir de todos los demás: así el abogado encuentra en todas partes motivo para entablar una querrela; el médico explica hasta las conmociones políticas por el estado morbo del cuerpo social; los clérigos ven el pecado en todo, hasta en el progreso de las ciencias naturales; y los comerciantes, en general, tienen todas sus ideas concentradas en ver el medio de aumentar la friolera del mil por ciento diario que hacen producir á su capital. No digo nada de los que por su fortuna independiente carecen de profesión; estos alimentan la manía del tocador, considerándose desgraciados el dia que la camisola tiene un poco de almidon mas y las botas un poco de charol menos, ó la manía de enamorarse á todas las mujeres, para lo cual andan de ceca en meca, echando requiebros, distribuyendo billetes y afectando alguna gracia personal en la cintura, en la cara ó en los piés, de modo que á su lado pareciera el mono un animal grave y sesudo; ó en fin, tienen como los lores ingleses la manía de los viajes, todo para ir un dia al parlamento á decir que la cerveza es mas barata en Inglaterra que en Rusia, y que los ministros no pueden ha-

cer frente á las exigencias de la Irlanda porque no han visto las cataratas del Niágara ó del Nilo.

Difícil seria dar una idea cabal de la diversidad de caracteres que nos presenta el teatro del mundo, unos por su situación y otros por su organización. En los partidos políticos, sobre todo, es donde esta variedad ofrece tipos dignos de meditación y contrastes infinitos. Los unos llenos siempre de ilusiones y de esperanzas, desfigurando todos los acontecimientos á su capricho, creyéndose mas seguros que nunca de la victoria cuando acaban de perder la batalla decisiva: los otros, agoreros eternos, jamás hallan motivo de alborozo y dirigen imprecaciones á la fortuna, precisamente cuando esta señora les presenta las probabilidades del triunfo; además hay el tipo de los noticieros que andan continuamente á caza de todo lo que se dice, y el dia que no saben alguna noticia verdadera que comunicar á sus amigos, reventarian si no tuvieran la facilidad de inventarla. Pero no tengo necesidad de permanecer en el campo de la política para encontrar tipos y contrastes de que la naturaleza humana es harto pródiga. Y cuando digo esto me estoy acordando de dos individuos á quienes conocí en Madrid y de los cuales el uno se creía tan desgraciado, que siempre estaba envidiando la suerte de los demás, al paso que el otro no hacia mas que dudar de todo lo que veía y escuchaba.

El primero de estos dos hombres á quien llamaré D. Jeremías, y no Bentham, se quejaba de su mala suerte y, para que podamos juzgar de la razón con que se quejaba, bastará indicar algunos pasajes de su vida. Siendo soldado de la reina tuvo la desgracia de caer prisionero con toda su compañía, y fué pasado por las armas, ó lo que es lo mismo, fusilado como todos sus compañeros, por orden de Cabrera. Entre los ciento y tantos hombres de que la desgraciada compañía constaba, hubo uno que sobrevivió á las heridas, y este fenómeno de la suerte fué D. Jeremías, que en premio del castigo que habia sufrido recibió el grado y empleo de subteniente. Cuando concluyó la guerra civil se embarcó para América donde no sé si hizo fortuna, pero al volver á España naufragó el buque en que venia, y capitán, piloto, tripulación, todos fueron víctimas de las olas menos D. Jeremías que, bogando sobre una débil tabla, fué socorrido á tiempo por un bergantín que atravesaba casualmente. Venciendo aun otras graves dificultades, llegó nuestro hombre á Santander donde las almas caritativas le socorrieron, aunque no con abundancia, pues al entrar en Madrid se encontró con el mezquino capital de cincuenta reales: ¿qué hizo este hombre? gastó diez reales en comer, y empleó los otros cuarenta en un billete de la lotería, que fué premiado al dia siguiente con la bagatela de doce mil duros. Estos breves detalles bastarán para que mis lectores puedan formar una idea de la justicia con que D. Jeremías se quejaba de su suerte y envidiaba la de todos los demás. En cuanto al otro individuo á quien llamaré D. Benjamin, y no Constant, era el reverso de la medalla, pudiendo aplicársele aquellos versos de Quevedo que dicen:

Doce años en su suegra estuvo preso,
A mujer y sin sueldo condenado;
Vivió bajo el poder de su cuñado,
Tuvo un hijo no mas, tonto y travieso.

Porque, efectivamente, tenia contra sí estas plagas y otras muchas mas; pero nunca estaba afligido ni contento, porque la manía, la cualidad típica y retípica de D. Benjamin, era la duda. Así, cuando refiriendo uno de los episodios mas lisonjeros de su vida doméstica, concluía diciendo que sus hijos no habian comido aquel dia, ó que su mujer habia huido con otro, y se le compadecía con razón, se quedaba como cataléptico; y no porque padeciera su alma, sino porque su imaginación se entregaba á la duda de si era ó no realmente digno de lástima; del mismo modo que al oír contar la vida y milagros de D. Jeremías, dudaba si aquel hombre era ó no verdaderamente desgraciado.

Un dia, me acuerdo como si la cosa hubiera pasado ayer, tuve un alegron viendo entrar á D. Benjamin con gaban nuevo en el billar á donde yo concurría, porque cuando D. Benjamin llevaba sobre sí alguna pieza nueva, podia decirse que le soplabla la fortuna. Iba el buen hombre desafiado con D. Jeremías á jugar al billar, y los dos combatientes esgrimieron tan bien sus armas, que no se llevaban ventaja alguna. La tercera mesa, que era la decisiva, se inclinó como era natural á favor de D. Jeremías, y fué del modo siguiente. Jugaban, como de costumbre, á treinta tantos, y cada uno tenia ya diez y ocho, cuando al dar una tacada D. Benjamin; ras! sintió su nuevo gaban desgarrado por uno de los hierros á que estaban sujetas las bolsas de las troneras; este cruel azar le hizo además perder la puntería, y su bola derribó todos los palos en seco, lo que valia diez tantos para su contrario. D. Jeremías viendo que la bola despues de derribar los palos llevaba traza de meterse en una tronera, lo que podia valerle dos tantos mas, iba loco de gozo ayudándola con ademanes en que se retrataban fielmente sus deseos; pero viendo que la bola no habia acabado de entrar, se volvió al pobre hombre que habia perdido en la jugada el gaban y la partida, y con toda la gravedad del que necesita desahogar su corazón, dijo: — ¡Qué suerte tiene ese hombre! — Por de contado, todos los que estábamos presentes soltamos la carcajada al oír la insolente lamentación de D. Jeremías. El único que guardó silencio fué D. Benjamin, que se quedó pensativo, como abrigando alguna duda.

¿Tendré necesidad de decir mas para probar que el mundo es un teatro donde sin gastar dinero podemos ver al vivo todo lo mas selecto que el arte ha compendiado bajo las formas de la comedia, tragedia ó drama? No trato por hoy de levantar el telon del gran teatro para hacer ver á mis lectores esos caprichos de la humanidad que castiga con adulaciones la usurpación de un Pisistrato y recompensa con el destierro las virtudes de un Aristides; ni esos cambios de la fortuna que conducen de la nada al Capitolio y de este á

la roca Tarpeya; ni esos arranques de honestidad con que Lucrecia inmortalizó su nombre y su patria; ni, en fin, esos arrebatos de amor y de venganza que existen hoy como en los tiempos de Estenovia y de Medea. Para demostrar que todas esas aberraciones, todas esas antítesis, todas esas pasiones, todas esas peripecias se suceden sin interrupción en

el gran drama que la humanidad viene representando desde los primeros días del mundo, tendría necesidad de emplear muchos volúmenes; y no creo razonable gastar tanto papel y tiempo para dibujar imperfectamente lo que cada uno de mis lectores puede ver por sus propios ojos en ese gran teatro social en que todos tenemos nuestro papel que desempe-

ñar, unas veces como protagonistas y otras como comparsas. ¿Se dirá que nuestra gran comedia carece de interés? Ni aun esto es cierto; porque precisamente el interés es el principal móvil de todas las acciones humanas.

DON EMILIO.

Palestina (1).

(Fragmento.)

La llanura que se extiende de Ronda ó antigua Arimastea hasta Amoa, que muchos viajeros opinan ser la Emao del Evangelio, es en general feraz y risueña, efecto de su situación deprimida que conserva y atesora las lluvias de que se muestra tan avaro el cielo en esta comarca; pero al llegar al valle estrecho llamado *Uadi-Ali*, el aspecto del país es árido, adusto y pedregoso. La tristeza y desolación del paisaje que sin cesar se ofrece á las caravanas comprime el corazón y recuerdan al viajero la famosa profecía tan completamente realizada: «Aun el extranjero que acudirá desde lejos, quedará atónito al ver las miserias esparcidas en este país.» Apénas interrumpen la monotonía general algunos escasos olivos raquíticos ó higueras desmedradas.

Llegamos á Anatot ó San Jeremías, famoso en el poema del Taso porque en ella reunió su tropa Tancredo para librar á Belén; y después de dos horas de marcha campamos en el valle de Terebinto, célebre en las sagradas páginas como el lugar en que acaeció el combate entre David y Goliath; y vimos el torrente en que tomó los guijarros el hijo de Isai para derribar al gigante blasfemo, como igualmente la montaña en que acampaba Israel, y la montaña en que acampaba el ejército de los Filisteos.

Llegamos á Anatot ó San Jeremías, famoso en el poema del Taso porque en ella reunió su tropa Tancredo para librar á Belén; y después de dos horas de marcha campamos en el valle de Terebinto, célebre en las sagradas páginas como el lugar en que acaeció el combate entre David y Goliath; y vimos el torrente en que tomó los guijarros el hijo de Isai para derribar al gigante blasfemo, como igualmente la montaña en que acampaba Israel, y la montaña en que acampaba el ejército de los Filisteos.

(1) Deseoso de contribuir al éxito de nuestra empresa, nos brindó Don Julian Cisneros con varios daguerrotipos que conserva él de su viaje á Oriente; pero no fué tan fácil empresa arrancarle el texto necesario y aun

Por último llegamos á Jerusalem á la luz del sol caliente, y, molidos de fatiga como estábamos todos, nuestro primer cuidado fué ir á gozar del descanso que nos habían

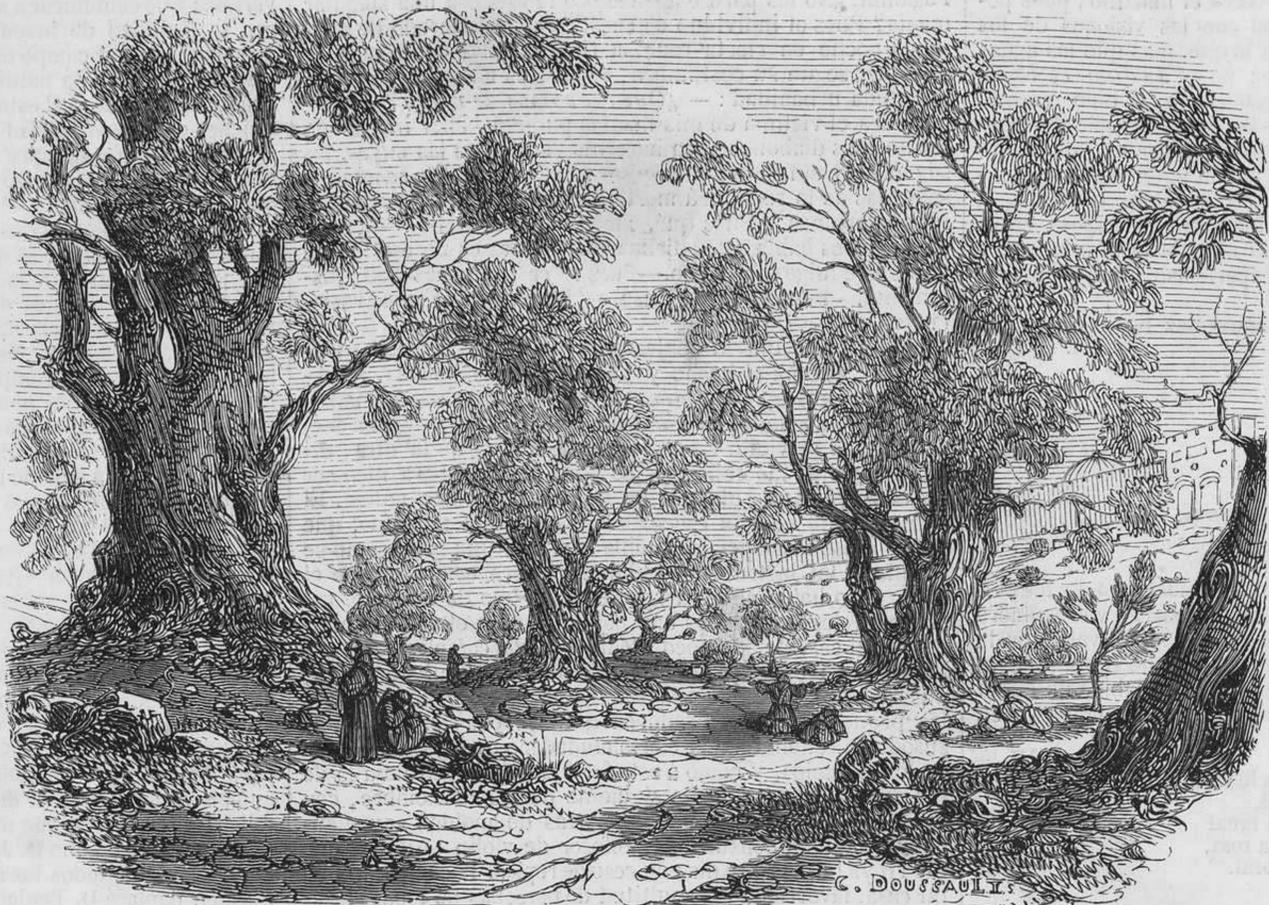
Los días siguientes fueron exclusivamente consagrados á examinar la ciudad santa, tanto en la parte interior como exterior, y recorrer los santos lugares.

Jerusalen, que los Árabes de las cercanías llaman *Aljols*, la santa, justifica exactamente las minuciosas descripciones que de ella han dado tantos viajeros. Situada en una tierra inculta, árida, llena de rocas espantosas y horrendos precipicios, Jerusalem parece elevarse como monumento de la justicia divina. El aspecto interior es pálido, triste, silencioso, y su población grave, zaharena, taciturna, y se halla en perfecta armonía con la ciudad que habitan y los alrededores descarnados.

Evalúase en unas 48 mil almas la población de Jerusalem, compuesta de Musulmanes, Griegos, Armenios, Católicos, Coftos y Abisinios, á quienes el largo trato y obligación de vivir juntos, da, si no tolerancia, á lo ménos cierta indiferencia ó cortesía recíproca. No obstante, los musulmanes, que componen mas de la mitad de la población total, forman la parte dominante, la mas turbulenta y discola; profesan el mayor desprecio por los cristianos que miran de reojo, y, sin la protección

que de las potencias europeas reciben las diferentes

Este informe hemos juzgado oportuno darlo á nuestros lectores, tanto para que acojan con indulgencia la prosa de una persona que maneja mejor el pincel que la pluma, si bien no desmerece en nuestro concepto por cierta elegancia y vehemencia; cuanto para advertirles que se trata aquí de un examen rápido de la Tierra-Santa, á *vol d'oiseau*, como dicen los franceses, y solo como leyenda explicativa de los grabados que insertamos.



Los Santos lugares. — El Jardín de los Olivos.

reservado la hospitalidad franca de los buenos religiosos.

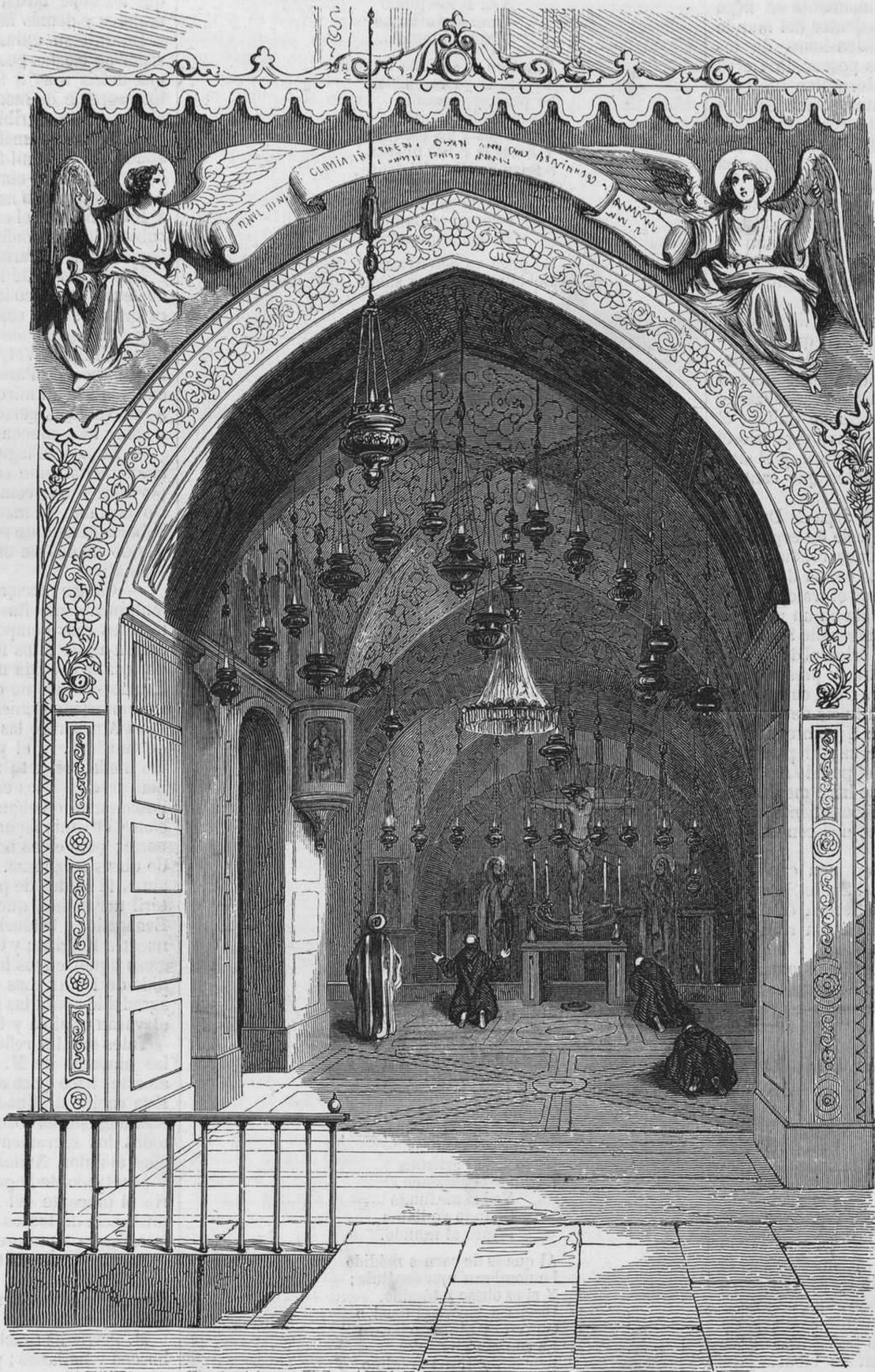
indispensable para la comprensión de los grabados ejecutados conforme á los daguerrotipos. La modestia del señor Cisneros se negaba con la mayor obstinación á hablar sucintamente y de memoria sobre una materia que habían tratado Chateaubriand y Lamartine; y lo único que pudo decidirle fué nuestra declaración neta de no admitir los daguerrotipos sin su correspondiente explicación verbal.



Los Santos lugares. — La ciudad de Jerusalem vista desde el convento cristiano

comuniones cristianas, especialmente los Griegos de la Rusia, hubiéramos tal vez visto renovarse los ultrajes y horrores que inspiraron la elocuencia de Pedro el Ermitaño. Mas la saña de los mahometanos se descarga sobre los pobres judíos que habitan la parte mas infecta y miserable de la ciudad. Procedentes en su casi totalidad de los países en que reina el islamismo, los únicos en que se haya conservado su antigua fé perdida al contacto de la civilización cristiana, la raza de Abraham no encuentra mas defensor contra las vejaciones y tropelias de los musulmanes que la intercesion á menudo estéril de los representantes de las potencias cristianas. Cubiertos de andrajos, los pobres y entusiastas Israelitas viven de esperanza falaz, y aguardan continuamente al Mesías prometido. Sus ojos se llenan de lágrimas al ver la montaña de Sion, testigo de la grandeza de los reyes de Judá; sus pasos se dirigen al valle de Josafat en que pasan horas enteras silenciosos é inmóviles, y mueren contentos esperando que cubrirá su cadáver un poco de aquella tierra que hollaron Abraham, Moisés, David y Salomon. Extranjeros en su propia patria, ludibrio del musulman, objeto de horror para el cristiano, debieran acordarse de estas palabras de Isaías: « vuestra tierra está « yerma, vuestras ciudades in- « cendiadas, los estraños á « vuestra vista devoran vues- « tra region, y será desolada « como en tala de enemigos; » pero ese libro que continuamente leen no lo comprenden, y es para ellos un libro cerrado. Al ver, á la hora del crepúsculo, las menesterosas familias judías sentadas á la puerta de su albergue estrecho é inmundo; al contemplar el dolor mudo é idiotismo de la miseria impresos en esos rostros, en esos cuerpos que recelan elementos de belleza; al observar á los niños hebreos desnudos completamente y curtidos por el sol, comiendo un pan negro y escaso, no pudimos menos de acordarnos de la palabra del profeta: *Comerán su pan en la afliccion, y beberán su agua en el espanto.*

Desde la azotea del convento, Jerusalem se extendia al rededor de nosotros como un vasto panorama, y con la mayor facilidad hubiéramos podido trazar el plano de la ciudad santa. Sobre un cielo de un azul purísimo, dibujábanse un conjunto de casuchones mas ó menos diformes y groseros, rodeados de altos muros formados de pedruscos comunales. Algunos minaretes y vastos edificios interrumpian la monotonía universal de la muda ciudad de David, que parecia una tumba silenciosa. Entre ellos distinguíase principalmente la iglesia del Santo Sepulcro, que se destacaba por su cúspide elevada; la mezquita de Omar, cuyo creciente metálico brilla-



Los Santos lugares. — El Santo Sepulcre.



Los Santos lugares. — Convento de la Tierra Santa en Nazaret

ba á la luz del sol; el convento de San Salvador, residencia de los religiosos latinos; el convento griego, el serrallo del Mutzelin, la torre de David, y el bello monasterio de los Armenios. Nuestro guia, un religioso tan docto como afable, nos mostró igualmente el monte de los Olivos, cuyo follage de un verde sombrío y pulverulento dejaba pasar, sin reflejarla, la luz del sol ardiente; y las cuatro puertas de la ciudad santa: la de Damasco al Norte, la de David ó de Sion al Mediodía, la de San Estévan al Oriente, y la de Belen al Ocaso.

Jerusalen se halla situada en un terreno desigual y montuoso, y estriba sobre tres colinas, que son Sion, Acra y Moria. Esta célebre ciudad, cuyo nombre significa *vision de paz*, fué fundada por Melquisedec, pontífice y rey, que salió al encuentro de Abraham, cuando regresaba el patriarca de librar á Lot de los enemigos que habian invadido el territorio de Sodoma. Rodeada de peñas escarpadas, arenales abrasados, precipicios espantosos, sin mar que la bañe, ni rio navegable que la atravesase, Jerusalem fué no obstante escogida por el piadoso y triunfante David como capital de Israel (1,047), brilló como solio fulguroso bajo el reinado de Salomon cuyo nombre conservase glorioso en todo el Asia bajo el de Soliman; y permaneció independiente y gloriosa, como corte de los reyes de Judá, despues de la ruina total del reino cismático de Israel. — Tomada y saqueada repetidas veces por Nabucodonosor, Jerusalem intentó sacudir el yugo de este monarca, el cual la destruyó completamente en el año 587 ántes de la era cristiana. — Medio siglo despues, el famoso Ciro concedió á los Judíos el derecho de reconstruir su capital, y Jerusalem floreció bajo los monarcas persas y sus sucesores los Seleúcidas. No obstante la rapacidad é intolerancia de estos provocó mas de un levantamiento, y los Macabeos se ilustraron por su valor y política (166-164). — Jerusalem fué reducida á provincia romana por el gran Pompeyo, 64 años ántes del advenimiento del Salvador, y destruida completamente por Tito, 70 años despues de este mismo advenimiento. — Intentaron de nuevo los Judíos sacudir el yugo de los Romanos, y Adriano (1130) mandó venderlos á todos como esclavos, profanó los santos lugares, y reedificó la ciudad bajo el nombre de *Elia capitolina*. Mas adelante, Constantino le volvió su nombre primitivo, y la piadosa Elena, madre del Emperador, que la Iglesia invoca como santa, visitó los santos lugares, descubrió la verdadera cruz y fundó innumerables monumentos de piedad. — En el año 614 cayó Jerusalem en poder de los Persas, y veinte y dos años despues en el de los Sarracenos. — En 1099 entraron los Cruzados en la ciudad santa, y fué elegido

rey Godofredo de Bouillon, que magnánimamente se negó á ceñir una corona, en un lugar que el Redentor del mundo había sido coronado de espinas. — Las disensiones de los Cruzados no permitieron á los Cristianos poseer la Tierra Santa mas de unos 88 años, y en 1187, Jerusalen fué conquistada por Saladino cuyos descendientes permanecieron en plena posesion de la Tierra Santa hasta que pasó definitivamente á los Turcos en el año 1239. Desde entonces forma parte integrante de la Siria, y en el día la gobierna un sanjac, dependiente del bajá de Damasco.

Esta breve reseña histórica, expuesta tan sumariamente como nos ha sido posible, la hemos juzgado oportuna al tratarse de la descripción de los santos lugares, con el fin de recordar á nuestros lectores en pocas líneas las principales vicisitudes por las cuales ha pasado de la ciudad santificada por nuestra augusta redención.

Pasamos el hermoso barrio de los Armenios, y llegamos al monte Sion, despues de haber visto el local en que se elevaba el palacio del pontífice Anás, el Cenáculo donde celebró el Salvador la última cena, el paraje en que recibieron los Apóstoles las lenguas de fuego, para poder evangelizar el orbe, el edificio que lleva el nombre de Casa de Caifás, el lugar en que, durante una noche entera, estuvo expuesto el Redentor al escarnio y ultrajes de la servidumbre, y el sitio en que renegó San Pedro á su maestro ántes que cantase el Gallo.

El monte Sion, cuyo nombre recuerda el arpa de David y el esplendor de Salomon, presenta una especie de esplanada desierta, y es el cementerio de las naciones cristianas de Jerusalen. En la parte del Sud, se divisa la colina de Haceldama ó *Campo de sangre*, en que se ahorcó el traídor Judas despues de haber arrojado las piezas de plata en un momento de desesperacion; y al Oriente, el célebre valle Siloe.

La *Via Dolorosa*, se encuentra á la parte oriental de Jerusalen, mas allá de la puerta de San Estévan, y presenta las diversas estaciones de la pasion del Hombre Dios, cuyas principales son: la arcada del *Ecce-Homo*, el lugar de la flagelación, el lugar en que encontró María á su Hijo coronado de espinas y oprimidos sus hombros con la cruz; el paraje en que Simon Cirineo ayudó á Jesus á llevar el pesado madero; la casa de aquella mujer piadosa de que no hace mencion el Evangelio, pero cuya memoria guarda religiosamente la tradicion, de aquella piadosa Verónica que enjugó con su velo el rostro del Salvador.

El Santo-Sepulcro se halla contenido en una capilla la cual forma parte de la iglesia ó templo del Santo-Sepulcro. Ningun monumento de todos cuantos existieron, existen y existirán, puede compararse en solemnidad á esa roca viva en que fué depuesto el cuerpo del Hijo de María, y no es de extrañar el ardor con que desearon los cristianos entrar en su posesion, la tenacidad de los musulmanes en no cederla, las guerras porfiadas que dió origen tan preciosa peña, y los millares de peregrinos que han acudido y continuamente acuden á celebrar á Dios en toda las lenguas humanas.

La Via Dolorosa conduce al Calvario, en cuya cima llamada Gólgota, se operó el misterio de nuestra redencion y el rescate de nuestras almas. La piedad de los fieles ha erigido numerosos altares en todo el pasaje en que expiró el Hijo del hombre clavado al afrentoso madero; y el Calvario se muestra cubierto de pórfido y mármol, y lámparas numerosas.

Visitamos luego el jardin de los Olivos ó de Gethsemaní, á la parte oriental de la ciudad, mas allá de la puerta de San-Estévan; y, despues de haber visto el sitio en que, segun la tradicion fué martirizado el santo, y atravesado el torrente de Cedron, llegamos al monte de los Olivos cerca del jardin y gruta de Gethsemaní. Este lugar, en que sobrecojió á Jesus un sudor de sangre, naturalmente es objeto de la mas acendrada devocion de parte de los peregrinos de las diversas naciones que llagan á Jerusalen. La ciencia juntamente con la tradicion, admite que estos árboles son los mismos, ó cuando menos vástagos de los que florecian en tiempo de Jesus, y fueron testigos y contemporáneos de un Dios. Sus frutos nadie los come, y se emplean únicamente para hacer rosarios y reliquias.

Por último no es imposible al peregrino dejar de prosternarse en Nazaret, en el paraje en que se hallaba la casa de María madre de Dios, casa que, segun la leyenda, fué milagrosamente transportada á Dalmacia, y mas adelante á Loreto; y á esta última afluyen hace mas de seis siglos numerosos peregrinos. La piadosa Elena, madre de Constantino, edificó un templo suntuoso destinado á contener la santa habitacion; mas este templo fué repetidas veces destruido, quedando tan solo ilesa la casa, pues segun la tradicion católica, existe aun en Loreto.

PICARO MUNDO.

Tropieza doña Cándida
En una piedra esdrújula,
Y hasta las mismas médulas
Penétrala el dolor.
Lo ve cualquier satélite,
Y en vez de darle lástima,
Riendo como un zángano
Celebra el tropezon.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Salé á la escena un cómico:
Si es de las partes últimas
Y se equivoca el misero,
Lo cual es muy comun;
El público benévolo
De intolerante tímpano,
Le abronca celebrándolo
Con risas ó rum-rum.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Entra en misa doña Angela
Y porque ya la epístola
Se pasó, y el acólito
Ha mudado el misal:
Los viejos y los párvulos
Y hasta la gente mística,
Se rien de ella y burlanse,
Incluso el sacristan.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

De prisa va don Alvaro,
Dobla una esquina súbito,
Y las narices rómpese,
Y las estrellas vé.
Y la gente malévola
Que ha visto la catástrofe,
Con corazon diabólico
Se rie á costa de él.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

¿De qué nace esa trápala
Y bullicioso júbilo
De ese corrillo anómalo,
Y ese tenaz reír?
¡Toma! de que á don Crispuño
Llevó el sombrero el ábrego,
Y corre y va siguiéndole
En vano el infeliz.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

A la fuente solicita
Va una mozueta impávida,
Y rómpesela el cántaro,
Y afligela el azar.
Pero la turba sórdida
De compañeras náyades,
Lo rien celebrándolo,
Y gritan «agua va.»

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Entra en el circo Olímpico;
Descúbrese don Plácido;
Tras el sombrero llévase
También el peluquín;
Y para el espectáculo,
Porque la calva incógnita
Produce silvos hórridos,
Y aquello es un jollín.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Canta doña Escolástica
En el Museo-Lírico
Un ária de Semíramis
Que no ensayara bien.
Salta un compás y piérdese,
Y con risas irónicas
La sociedad artística
La rinde el parabien.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

Al que es de carnes márido
Le nombran una espátula;
Y si es obeso y tímido,
Dicen: «Ahi va el tonel.»
Que en este mundo picaro
Es cualidad ingénita
Reír del mal del prógimo,
Burlarse siempre de él.

Ved si me fundo
Cuando yo llamo
Picaro al mundo.

FR. GERUNDIO.

Correo de la semana

PAR'S 14 DICIEMBRE.

SUMARIO. — Elecciones. — Abd-el-Kader. — Los legitimistas. — Pinturas de M. Perrin. — *Uncle Tom's Cabin*. — M. Edgar Quinet, M. Rémusat y el conde de Montalembert. — Crónica musical.

El gran acontecimiento de la semana trascurrida es la eleccion general de la Francia, convocada en sus comicios á consecuencia del plebiscito del 7 de noviembre, para pronunciarse sobre la grave cuestion de la forma de gobierno. Una inmensa mayoría se ha declarado contra la República y en favor del Imperio, mas este resultado á nadie sorprende, pues, tanto los partidarios como los adversarios del nuevo régimen, sabian de antemano á que atenerse.

El famoso Abd-el-Kader ha emitido el deseo de votar por «el *sultan* justo entre los justos, y generoso entre los generosos;» y el *maire* de la ciudad de Amboise ha juzgado conveniente acceder al voto del emir y recibir su voto en una urna especial.

Abd-el-Kader manifestó sentimientos mucho menos favorables para con el emisario republicano en 1848. «No, res- pondió el beduino, entre vuestras costumbres y las nuestras, hay una diferencia inmensa. Vosotros mostrais vuestras mujeres, nosotros las ocultamos; vuestros vestidos son estrechos, los nuestros anchos; vuestra religion no es la misma, nuestro modo de escribir es opuesto; ¿cómo podré yo vivir en medio de vosotros?»

Abd-el-Kader era en aquel entonces un leon indómito que ruge y amenaza al que acariciarle intenta; pero desde entonces se ha domesticado sobremanera, como se ve por su entusiasmo por el *sultan* de la Francia; y aun se asegura

que no debe tardar en volver á Paris en compañía de sus mujeres y demás familia.

Durante su última residencia en Paris, nada igualaba el ardor de ciertas postulantes para ver al emir. Cuéntase que una actriz muy á la moda, despues de haber recurrido á toda especie de medio para acercarse del jefe árabe, tomó el partido de escribirle directamente, escusándose de la libertad que se tomaba, pero alegando que se trataba de una apuesta de dos mil francos que con la mayor facilidad podia hacerle ganar el emir. Ignoramos la respuesta de este, pero nos consta que la misma aventura sucedió hace algunos años á Ibrahim-Bajá, el cual remitió la suma en cuestion bajo la cubierta de un confite con esta divisa: «La belleza sin pudor es como la carne sin sal.»

Mas el héroe de la sociedad de Paris no es ni puede ser el austero y melancólico Abd-el-Kader, á pesar de sus dotes exteriores; y el capricho de la moda se concentra en Vely-Bajá, embajador de la Puerta-Otomana y sucesor del príncipe Callimaki. Vely es el objeto de esas tiernas miradas que las *lionnes* de Paris prodigaban al feo mulato Bou-Maza el cual parecia un mico. Dícese que el nuevo embajador agrega á las ventajas personales mucho despejo, mucha afabilidad y sobre todo mucha largueza.

— El partido legitimista se embotija y refunfuña, protestando tácitamente contra todo lo que ve, y confiando en un porvenir lejano como la venida del Mesias para los judíos. No obstante el manifiesto del conde de Chambord parece haberle sacado de su letargo, y M. Audren Kerdrel no ha podido menos de dar su dimision de diputado del cuerpo legislativo.

— Cuatro naciones distantes entre sí, celebran casi simultáneamente ilustres exequias: la Inglaterra tributa los honores mas pomposos al duque de Wellington; la España entera asiste á los funerales del duque de Baylen; la Rusia deplora la pérdida del joven duque de Leuchtemberg, y los Estados-Unidos no cesan de encarecer la memoria del ilustre ciudadano Daniel Webster.

— A pesar de las hablillas de los necios, el escepticismo de muchos, y el pesimismo misantrópico que cunde como moda, el arte religioso prospera en Francia y Alemania, gracias á los esfuerzos de tantas almas pias y mérito descomunal de algunos artistas. La perfeccion de la ejecucion y el genio fecundo bastan para las obras de arte en general; pero estas nobles dotes no son suficientes al tratarse de obras religiosas. Sin la fé que transporta las montañas, sin la fé madre de prodigios, será forzosamente pálido y estéril un artista que intente representar las páginas del Evangelio, ó traducir bajo una forma humana los dogmas de nuestra religion; y en vano usurpará el título de artista religioso aquel cuyos labios no habrán tocado el carbon encendido de Isaías. Las obras á que la fé no preside podrán ser agradables para las gentes del mundo, mas de ningun modo elevarán el alma y fecundarán el corazon de los fieles.

Tales son las reflexiones que formábamos al salir de ver las pinturas de M. Perrin en Nuestra Señora de Loreto, abiertas hace poco al público, ó por mejor decir á los fieles. Esta capilla destinada á la glorificacion de la Eucaristía, el mas augusto de todos los misterios y el mas imponente de todos los sacramentos, ha costado nada menos que veinte años al autor. Animado por el respeto del arte y del público, y penetrado de la grandeza de su trabajo, practica M. Perrin el precepto del emperador Augusto: *festinari lente*, á diferencia de tantos artistas que pintan á la *vapeur*, segun la enérgica y pintoresca expresion de los franceses.

Lo que mas resalta en la obra de M. Perrin es la unidad de la composicion, y la profundidad del sentimiento que ilumina y embalsama á las personas verdaderamente religiosas.

M. Perrin ha practicado el precepto de su divino maestro: buscad y hallaréis; y sus esfuerzos constantes y trabajos asiduos han sido coronados con el éxito mas completo. Lo solo que tal vez puede achacarse á obra tan bella, es un simbolismo alambicado en demasia y cierta frialdad en la ejecucion. El autor se abandona á una metafísica trascendental para la cual no son suficientes ni las líneas ni los colores; y al mismo tiempo olvida que, por eterna y religiosa que sea una pintura, debe, si no ostentar la riqueza de colorido que caracteriza al Ticiano, ni el arrebatado apocalíptico de Miguel-Angel, hallarse á lo ménos impregnada de ese soplo de vida que exige el arte plástico, y no degenerar como el pintor alemán Overbeck, en un ascetismo acrisolado cuya consecuencia natural debiera ser la ausencia de toda pintura.

— Se habla en el mundo literario de una nueva publicacion de M. Quinet sobre el pasado y porvenir de la Italia. M. Quinet, tan entusiasta como vasto en sus ideas, goza de una reputacion merecida, y es sumamente popular y simpático á la juventud por riqueza de su erudicion, altura de inteligencia y elocuencia de estilo.

— Igualmente háblase de un libro nuevo que debe dar á luz M. Rémusat, inteligencia enteramente opuesta á la de M. Quinet, si bien tan acabada en su género. Dotado de un espíritu analítico, lleno de precision, sutilidad y primor, mas elegante que elocuente, M. Rémusat es mucho mas fiel á la tradicion francesa, y contrasta con la vehemencia, lenguaje pontifical, miras sintéticas y pompa oriental de M. Quinet, alemán por sus ideas, asiático por su estilo.

— La obra reciente del conde de Montalembert es objeto de los vivos ataques de un periódico que pretende representar el clero francés, y la ruptura parece completa entre el noble escritor y el redactor del periódico citado. Ambos son empero muy análogos entre sí por la acrimonia de lenguaje, ausencia total de uncion y dulzura cristiana, y virulencia de estilo; pero la similitud moral é intelectual, origen de fastidiosa monotonía entre las personas apacibles, imposibilita todo acuerdo entre las de agria condicion.

M. Lamennais vive retirado y consagra asiduamente su tiempo á la traduccion de la *Divina Comedia* del Dante, que nunca ha sido traducida convenientemente en francés.

Las personas que han conseguido ver algunas páginas del nuevo trabajo de M. Lamennais, ponderan la elevación majestuosa de su estilo que le facilita reproducir sin enervarlo el texto del poeta florentino, esas páginas desprovistas de todo fermento femenino, rigurosas y terribles, que aterran y fulminan como las obras de aquel otro florentino llamado Miguel-Angel, que parecía ser la segunda encarnación del Dante. Ignoramos hasta que punto es exacto este fallo; pero lo que nos consta es que M. Lamennais y M^{me} Sand son los primeros escritores del siglo, y los solos que continúan la tradición de J.-J. Rousseau, cuyo estilo y desgracias desarmarán toda crítica.

— En medio de tantas producciones efímeras que fatigan inútilmente la prensa, un libro recientemente publicado agita profundamente las inteligencias, y es devorado ansiosamente por todas las clases de la sociedad. Nuestros lectores han adivinado seguramente la obra á que aludimos, y piensan ó pronuncian el *Uncle Tom's Cabin* de mistress Henriette Beeche Stowe. El éxito de esta obra es verdaderamente prodigioso, y hasta la actualidad la memoria humana no conoce otro igual. Mas de un millón de ejemplares vendidos en la lengua original, y un número tal vez mayor de las traducciones en las principales lenguas europeas, es cosa desconocida en los anales de la librería.

— En la iglesia de la Magdalena hemos oído la famosa música de Cherubini, compuesta para la consagración de Carlos X, que pasa por la obra maestra del célebre compositor. Los inteligentes no cesan de encarecer el estilo severo y grandioso de esta obra, que consideran como modelo inimitable; pero, como por nuestra parte no tenemos la pretensión de pertenecer al gremio de los inteligentes, entre los cuales hay poca pedantería y espíritu convencional, dirémos sin rebozo que la misa de Cherubini, y en general todas las producciones de este maestro, se distinguen por su indigencia melodiosa, tono glacial, estilo seco y armonía estrepitosa; y, bajo este punto de vista, nos hallamos completamente de acuerdo con el emperador Napoleón á quien nunca pudo gustar el autor de los *Abencerrages*.

La misa de M. Ambroise Thomas cantada en San-Eustaquio forma un contraste de lo mas pronunciado con la de Cherubini. Todos los fragmentos de esta bella partitura rebosan de inspiración y melodía, y es difícil decidir cual de ellos merece la palma. M. Ambroise Thomas, joven compositor mas conocido como autor de música dramática que religiosa, desconfiaba de sus propias fuerzas, y titubeaba en dar su obra que es primeriza en su género; pero la aprobación unánime del público lo ha indemnizado ampliamente de su excesiva modestia; todos las personas verdaderamente apasionadas por la música convienen en que, por una alianza dichosa, el autor ha sabido combinar la elegancia con la elevación; y el primer ensayo de M. Ambroise Thomas en el género religioso puede ser envidiado por un maestro consumado en el género.

Las representaciones de dos óperas de Rossini, Moisés y Otelo, atraen y concentran la flor de la sociedad de París en la vasta sala de la Opera francesa, y en la sala Ventadour, que se ostenta decorada, embellecida y fulgurante de arañas y candelabros.

Después de veinte y cinco años de olvido injurioso, la Odissea hebraica, tan bien interpretada por el cisne de Pésaro, ha salido del sudario de polvo que la cubría, y los *dilettanti* no cesan de encarecer esa música suave, elegante y melodiosa, combinada con tanta fuerza y brio.

Como conjunto, emulación y deseo de perfección, *Moisés* formará época en los anales de la Opera francesa, y el público ha manifestado repetidas veces su satisfacción al ver que las intenciones del divino maestro habían sido tan exactamente comprendidas y fielmente ejecutadas.

Gueymard, M^{me} Laborde, M^{lle} Poinsot, han desempeñado sus respectivos papeles con zelo y conciencia, pero Morelli, acostumbrado al método italiano, ha descollado entre todos, consiguiendo electrizar aun á las personas mas preocupadas en favor de Tamburini cuya perfección parecía imposible igualar.

Por lo que toca á la ópera de Otelo, confesaremos ingenuamente que á pesar de las bellezas de su tercer acto, y los encomios unánimes de los inteligentes, no nos parece la producción sobresaliente del célebre maestro. Compuesta tan solo en quince días, abunda en negligencias é imperfecciones que contrastan con la elegancia y riqueza de melodía que caracteriza al autor de *Tancredi* y *Semirámide*, mas su principal defecto es recordar por su título un nombre que eclipsa todos los nombres.

La compañía reunida por M. Corti, es sin duda excelente, pero los recuerdos de Garcia, Tamburini, Rubini, la Pasta y Malibran, pesan desfavorablemente en los nuevos actores. M^{lle} Cruvelli no conoce probablemente el drama de Shakespeare, cuya lectura la hubiera inspirado para desempeñar de un modo ménos banal el papel admirable de Desdémona que el mismo Rossini no comprendió al escribir su obra, y por grande que sea nuestra admiración por el admirable compositor, nos parece en el Otelo como una mariposa que se quema las alas al acercarse á la luz.

Hemos vuelto á ver la *Perla del Brasil* en el *Théâtre-Lyrique*. Todo el mundo sabe que esta ópera encantadora es de Felicien David, autor de la tan encomiada sinfonía del *Desert*, y que ofrece la índole y sabor que caracterizan todas las obras del autor. Casi todos los pedazos han sido vivamente aplaudidos, especialmente el sueño del tercer acto.

La Opera-Cómica atrae igualmente cada noche un público numeroso con su nueva partitura de los *Mystères d'Udolphe*. El argumento está sacado de una novela olvidada de Ana Ratchiffe, novela, como todas las del autor, tortuosa, intrincada, y fecunda en subterráneos, peripecias dramáticas y situaciones embrolladas. Se trata de la princesa Ulrica de Suecia, que un almirante desalmado busca para entregarla en manos de su enemigo el rey de Dinamarca. Ulrica, encerrada en lóbregos é impenetrables calabozos, consigue esca-

par á la saña y activa vigilancia de su enemigo por medios maravillosos si bien nada verosímiles. Mas poco importa el argumento en obras de esta naturaleza, y lo importante es la partitura musical de Clapisson, partitura original, atractiva, llena de encanto, en una palabra digna de su autor, cuyo solo defecto es la parsimonia con que da sus lindas producciones á un público que lo idolatra.

Se está representando actualmente en el teatro italiano una de las últimas partituras de Verdi, *Luisa Miller*. M^{lle} Sophie Cruvelli desempeña el papel principal, á cuyo estudio se dedica con tanto zelo como asiduidad, aprovechándose de todos los momentos que le dejan libres las continuas representaciones de Otelo.

La *Sonnambula*, esa dulce y patética partitura de Bellini, ha encontrado por fin dignos intérpretes. Calzolari y Belletti desempeñan á la mayor perfección sus respectivos papeles de Elvino y Rodolfo. Pero desgraciadamente M^{lle} Cruvelli ha renunciado al papel de Amina en que era tan admirada por su ternura, sensibilidad y vehemente desesperación. La signora Baltramelli, que ha sucedido á la admirada actriz, posee un método admirable, buenos estudios y excelentes intenciones; pero su voz carece de fuerza y sonoridad, y su pantomima no es de las mas animadas.

JACOBO BERMUDEZ DE CASTRO.

El día del año en China.

El primer día del año, ó sea el día de año nuevo, ó lo que es lo mismo y hablando mas laconicamente, el día del año, es en todas partes un día señalado que se celebra con fiestas públicas y regocijos privados, con la sola diferencia que pueden establecer las distintas creencias religiosas y la diversidad de costumbres. Vamos hoy á decir de que manera los Chinos celebran el día del año; pero como no hemos tenido el gusto de visitar el Celeste Imperio, nos vemos precisados á tomar las siguientes noticias del inglés M. David y de la obra que con el título de *Siete años en China*, publicó Pedro Dobel y tradujo del ruso el príncipe Galitzin.

Segun Dobel, los Chinos valúan su año sobre la luna, de lo cual resulta que aunque este año consta como el nuestro de doce meses, nunca la cuenta de los días da un resultado exacto, lo que obliga á los Chinos á llenar el déficit ó vacío añadiendo al fin del año cierto número de fiestas y contando en cada diez y nueve años uno de trece meses á la manera que nosotros aumentamos en un día mas el mes de febrero en los llamados años bisiestos.

« Luego que se acerca el fin del año, continua M. Dobel, los Chinos ricos ó pobres abandonan sus negocios para no pensar en otra cosa que en frecuentar los templos y los espectáculos, y en hacer una buena comida. Está dispuesto que todos los negocios civiles se han de arreglar de concierto y á satisfacción de las partes la víspera de año nuevo, época en la cual el poder de los mandarines queda suspenso durante algunos días, lo que produce á veces algunos desordenes á causa de la facultad que tienen entonces los particulares de arreglar sus asuntos conforme á sus antiguas costumbres. »

« No hay tal vez en el mundo un pueblo que tenga ménos fiestas que los Chinos, dice M. David; y la principal y casi la sola época de recreo universal es la de año nuevo. Entonces puede decirse que todo el Imperio está fuera de sí ó poco ménos. Diez días antes de año nuevo quedan cerradas todas las administraciones, y los mandarines guardan también sus insignias hasta el vigésimo de la nueva luna. El último día del año todo el mundo vela hasta media noche, á cuya hora comienza un interminable estrépito de petardos, conetes y hogueras, siendo tan prodigioso el número de fuegos artificiales, que la atmosfera queda cargada de nitro. Desde la media noche hasta el amanecer cada cual se entrega á los ejercicios religiosos del país, ó prepara su casa para la solemnidad del primer día del año en el que una muchedumbre inmensa inunda los templos desde muy temprano. »

« Soon Nin, añade M. Dobel, es el nombre de las solemnidades del día del año que se celebran en cuatro templos situados á los cuatro ángulos de la población, y cerca de los cuales se construyen de antemano teatros de cañas para representar en ellos comedias ó misterios en honor de la divinidad del templo á que corresponden. Entonces cada casa se provee de nuevos faroles, se empapela de encarnado la puerta ó ángulos de la casa donde están colocados los Penates, renuévase el mueblaje, y toda la familia se engalana con sus mas elegantes trajes. Esta última circunstancia es obligatoria; porque un Chino se creeria condenado á la miseria por todo el año, si el primer día de este no anduviera bien vestido; y así cada cual emplea todos los medios que están á su alcance para observar este precepto hasta el punto de robar vestidos el que no se halla en disposición de comprarlos. »

« Las fiestas de año nuevo deben durar diez días segun la ley, pero por lo comun se prolongan al doble. »

« El primer día se llama Kay-Yat (*día de las aves*). Esta festividad está destinada á recordar á los hombres que el animal volátil es uno de sus mejores alimentos: durante este primer día está aconsejada la abstinencia de carnes, y los rigoristas observan un severo ayuno. »

La fiesta del segundo día se nombra Kow-Yat (*día de los perros*). Porque los Chinos tienen tal veneración por los perros, que hay obreros encargados especialmente de fabricarles cajas de muertos, fundando esta veneración en la creencia que tienen de que uno de sus mas ilustres hombres fué preservado de la muerte por un perro que devoró

al asesino de aquel. Y sin embargo, por una singular consecuencia, los Chinos comen la carne del perro. »

« El día tercero es Chen-Yat (*día de los cerdos*). Esta solemnidad tiene bastante analogía con la precedente. Los Chinos veneran la memoria de uno de estos animales que, segun dicen, salvó un precioso manuscrito en un incendio: así tambien se abstienen de comer cerdo durante este día. »

« El cuarto día se llama Yaoug-Yat (*día de las ovejas*). Este está consagrado á Pun-Kvon-Venga, pastor que vivió pobre, alimentándose solo de legumbres y sin otra tela para vestirse que la corteza de los árboles; pero que enseñó todo el partido que se puede sacar de la lana de las ovejas. »

« Nómbrase el quinto día New-Yat (*día de las vacas*). Parece que uno de estos animales dió de mamar á un niño cuyos padres habían muerto y el cual habiendo llegado con el tiempo á ser mandarin, erigió un templo á su nodriza. Tal es el origen de esta fiesta, y durante ella los Chinos se abstienen de comer carne de vaca: algunos renuncian completamente á ella á la edad de 40 años, sin lo cual creerian su salvación seriamente comprometida. »

« El sexto día es el de Ma-Yat (*día de los caballos*), fiesta instituida para inspirar al pueblo respeto hácia este útil cuadrúpedo. »

« El séptimo día le toca *al hombre* y se llama Yen-Yat, siendo Pon-Tso la divinidad de este día por haber sido Pon-Tso el que enseñó á los Chinos á emplear como alimento el arroz, el trigo y la carne. »

« Tambien el octavo día llamado Ko-Yat (*día de los cereales*) está dedicado á Pon-Tso que enseñó á sacar partido de los granos. »

« Por último Pon-Tso es tambien la divinidad del noveno día, y el que quiera alcanzar la felicidad debe apresurarse á llevarle alguna ofrenda en este día llamado Mo-Yat ó día del lino. »

« Así como los Europeos, los Chinos se hacen visitas y regalos el primer día del año, remitiéndose tarjetas de felicitación adornadas con un grabado en madera que representa las tres principales felicidades que el hombre puede disfrutar en la tierra segun ellos, á saber: una herencia, un empleo público, ó ascenso, y una larga vida. Estos tres deseos están indicados por las figuras de un niño, un mandarin y un anciano acompañado de una cigüeña, emblema de la longevidad. »

ORIENTAL.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquivas plañía
Llorando al pié de tu reja.
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

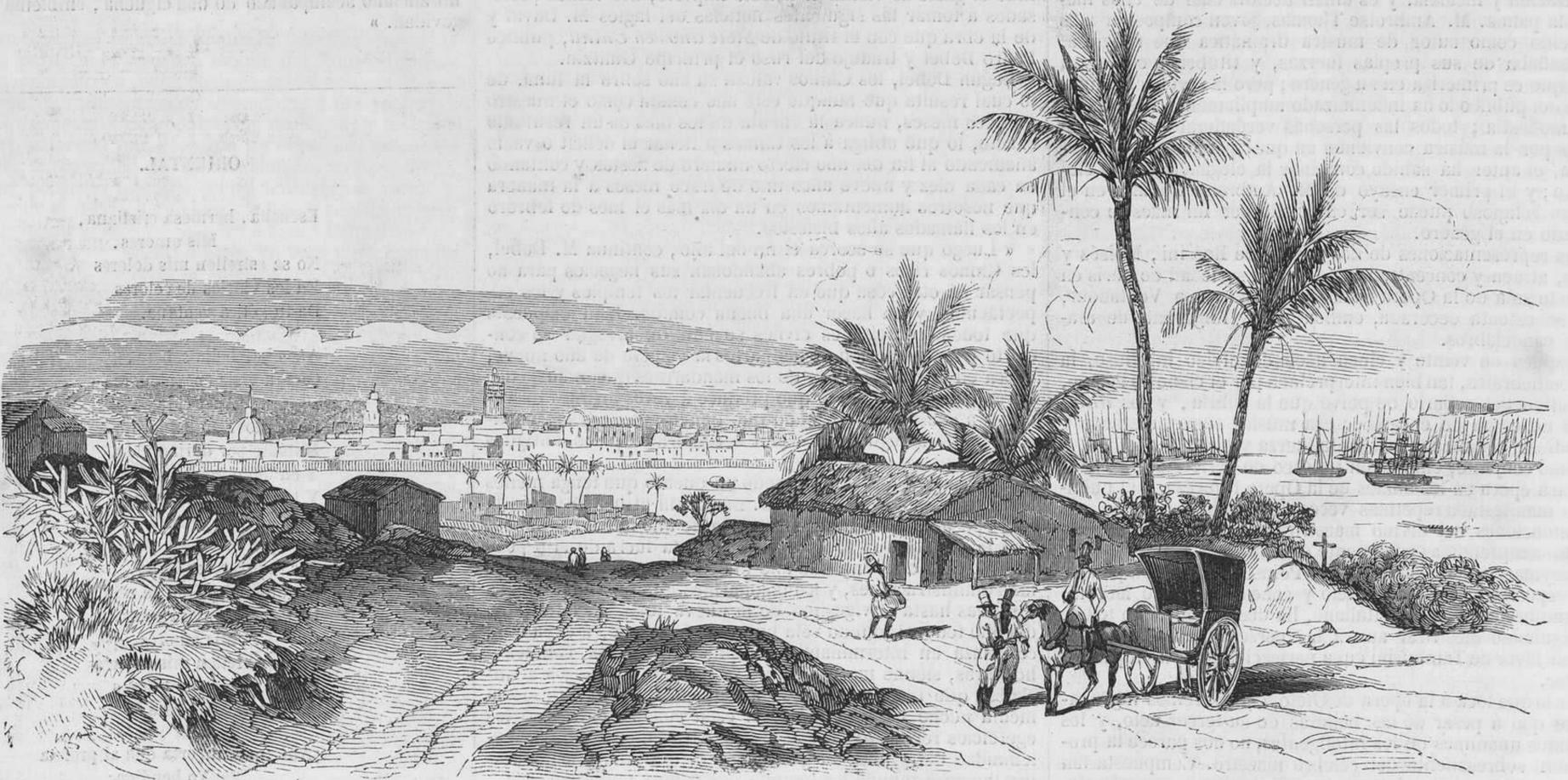
¡Ah! ¡qué importa que al profeta
Yo bendiga;
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hechicera
Que el ameno
Paraiso, no te cura
De las palabras del conde
Que han de ser mi desventura.
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

JOSÉ ZORRILLA.

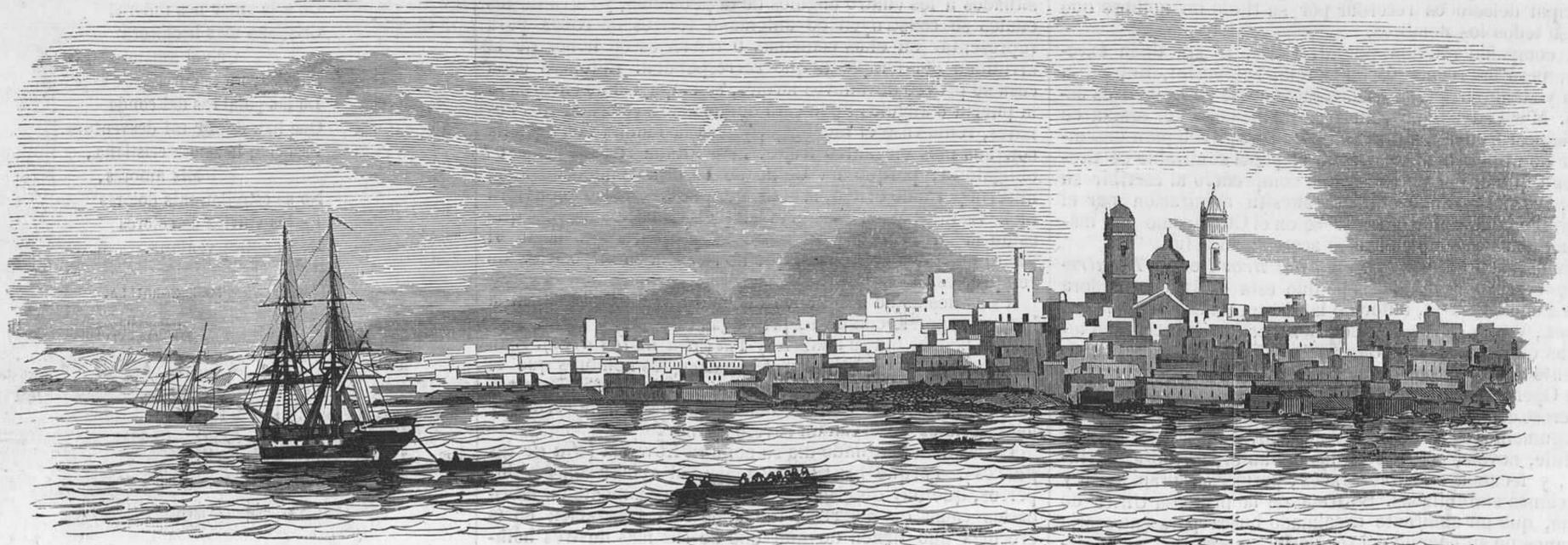




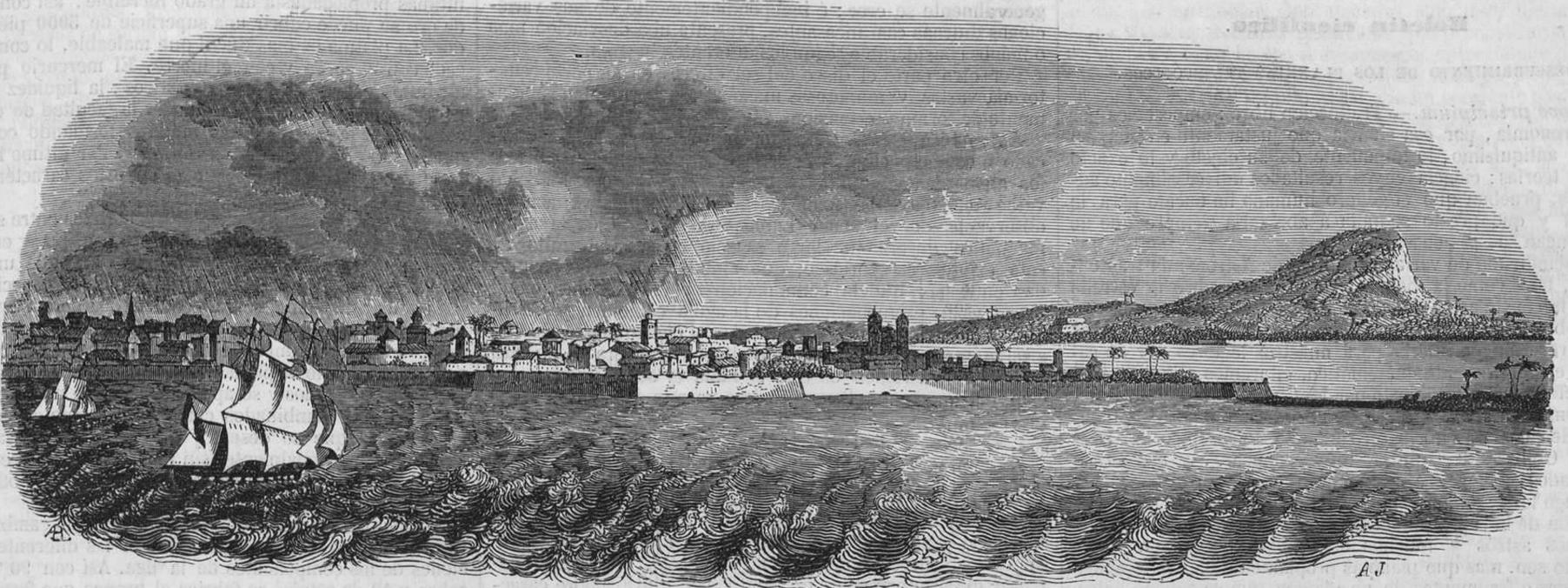
Vista de la plaza de Méjico.



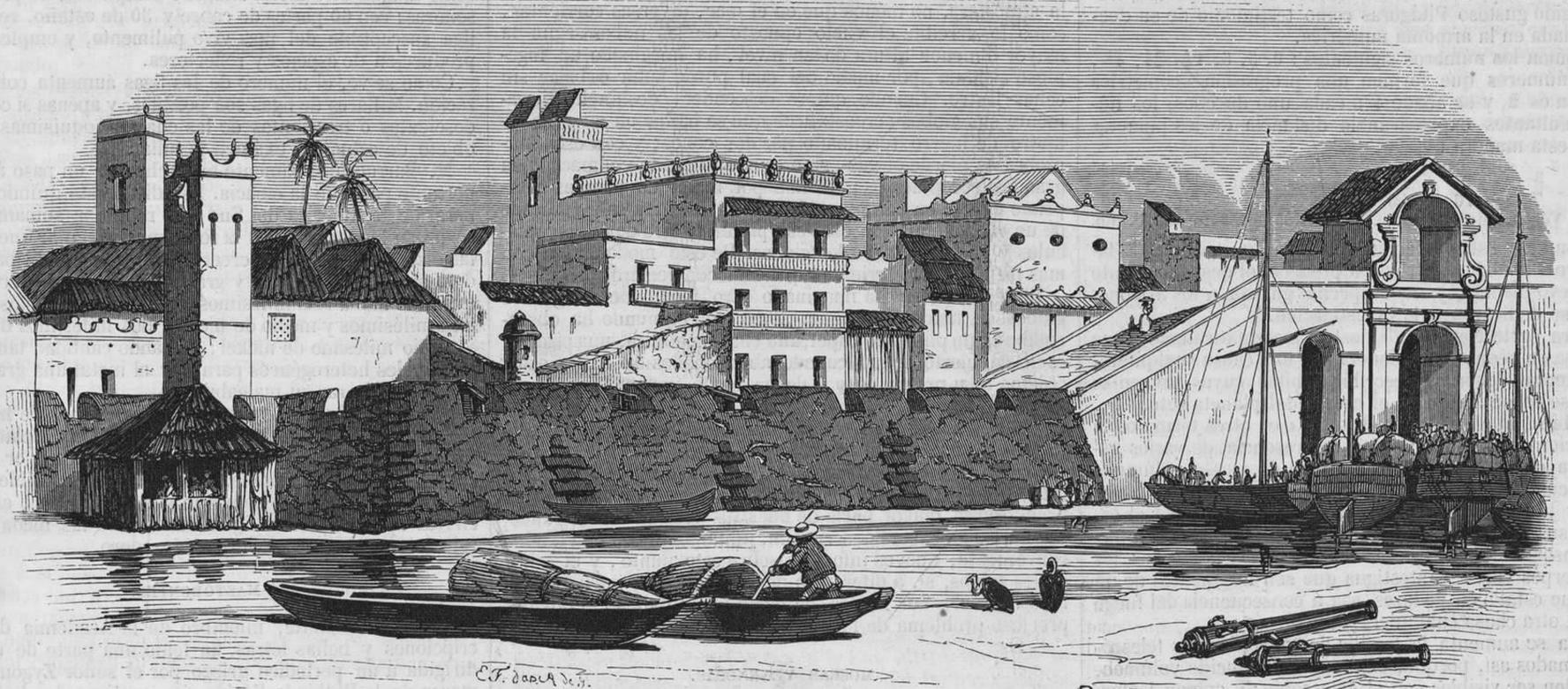
Vista de la ciudad de la Habana (isla de Cuba).



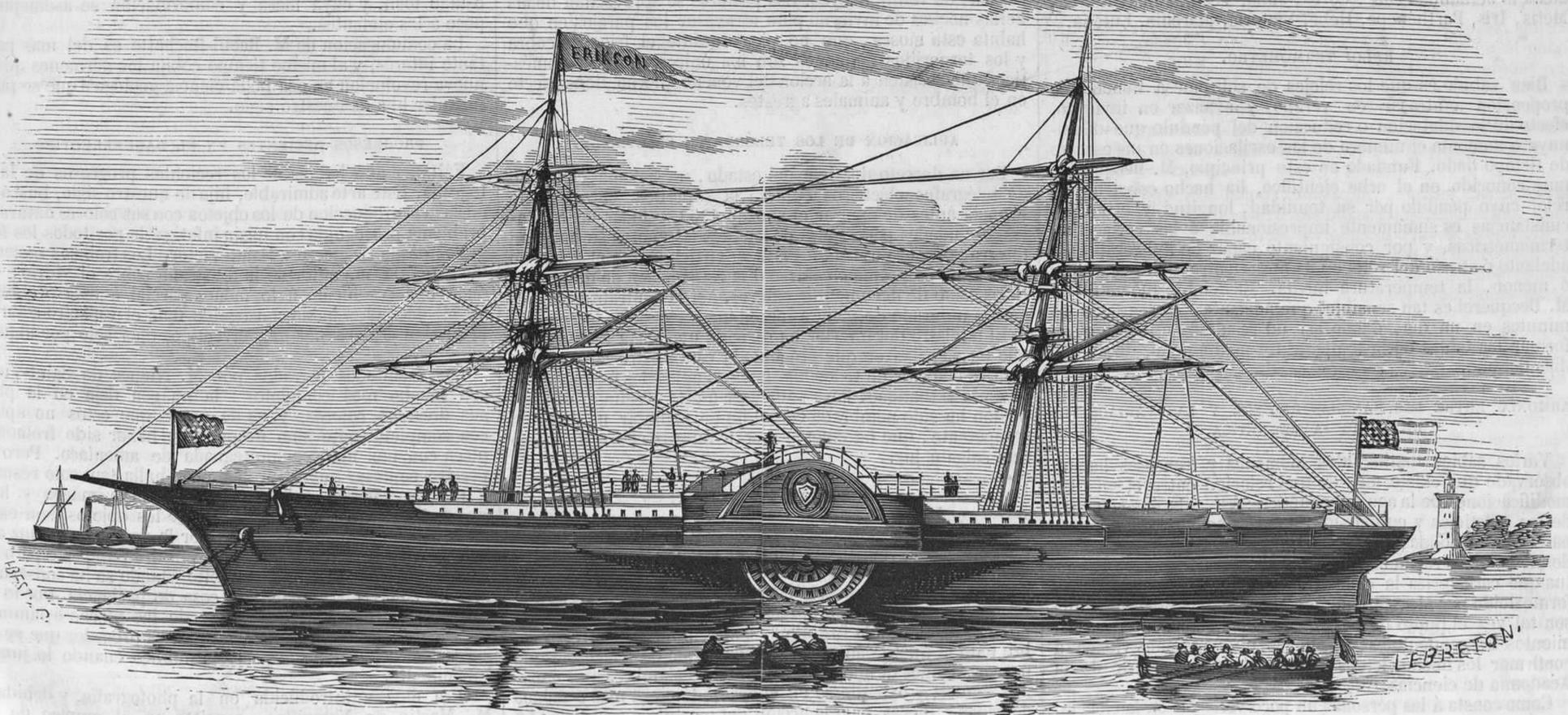
Vista delMontevideo, capital de la República oriental del Uruguay.



Cartagena de las Indias.



Puerta principal de Cartagena de las Indias.



El Erikson, nuevo sistema de un barco á vapor, construido en Nueva-York.

Boletín científico.

DESCUBRIMIENTO DE LOS PLANETAS TELESCÓPICOS.

A Jove principium. — Traducción libre: empezemos por la Astronomía, por esa ciencia que justamente engrienen su origen antiquísimo, lo imponente de su objeto y lo exacto de sus teorías; ciencia cuyos resultados universalmente admitidos, prueban que el género humano ha nacido para la verdad y que presto se halla á abrazarla siempre que no se opongan sus pasiones.

Prescindiendo de varias memorias de Astronomía trascendental, tales como la memoria de M. Faye sobre la estrella 61 de la constelación del Cisne, la del señor Hausen de Gotha sobre la solución de un problema de Kepler, y otras que carecerían de interés para nuestros lectores por su carácter exclusivamente matemático, citaremos el nuevo planeta telescópico descubierto por M. Chancornac de Marsella, y denominado *Marsilia*, del nombre latino de esta ciudad. Poco después descubrió otro planeta telescópico M. Hermann Goldschmidt, pintor muy conocido, y astrónomo aficionado; y por ser el primero descubierto en París, M. Arago le ha dado el nombre de *Lutetia*, antigua denominación de la capital de la Francia.

Ambos astros y muchos otros descubiertos en nuestro siglo son, mas que planetas propiamente dichos, grandes asteroides ó fragmentos de un planeta que se supone haber sido roto en la region que media entre Marte y Júpiter, y cuya existencia revela la ley de Bode. Digamos algo de esta famosa ley que, por su carácter armónico y misterioso, hubiera acogido gustoso Pitágoras como testimonio de su doctrina fundada en la armonía numérica.

Si se toman los números siguientes: 0, 3, 6, 12, 24, 48, 96, 192, números que forman una progresión geométrica cuya razón es 2, y se añade 4 á cada uno de ellos, los números resultantes expresarán la distancia de los planetas al sol de esta manera:

0	3	6	12	24	48	96	192
4	7	10	16	28	52	100	196
Mercurio, Venus, Tierra, Marte,				Júpiter, Saturno, Urano.			

En virtud de estas relaciones, Kepler que veía una laguna entre 28 y 52, se atrevió á predecir el descubrimiento de un nuevo planeta, y sus sospechas guiaron á los astrónomos que se dedicaron á la investigación.

Por otra parte Newton demostró matemáticamente que si estallase en pedazos un planeta por una causa cualquiera, los fragmentos deberían describir órbitas cuyas tangentes comunes se encontrarían en el centro del planeta roto.

Ahora bien, la observación directa, ó en otros términos la investigación telescópica, acusa la presencia de varios astros de mayor ó menor dimension, pero de escaso volumen; todos los cuales se encuentran en el paraje sospechado por Kepler, y justifican la demostración de Newton, por el carácter de sus órbitas, y al mismo tiempo su apariencia informe, sin asomo de esa esfericidad, que afectan todos los demás cuerpos celestes, atestiguan que son fragmentos de un planeta que estalló en pedazos, sea á consecuencia del fuego central, ó otra causa cualquiera.

Cada día se aumenta la familia de estos planetas telescópicos, llamados así, porque, efecto de su reducido volumen, solo pueden ser visibles con el telescopio; y opinan los astrónomos que los aerólitos y estrellas filantes reconocen el mismo origen; ó en otros términos son fragmentos proporcionalmente menudísimos que, por su extrema pequeñez experimentan infinitas perturbaciones, escapan con la mayor facilidad por la tangente de su órbita de atracción, y caen en la tierra ó otro planeta, inflamándose al llegar á nuestra atmósfera.

Los nombres de estos planetas telescópicos conocidos hasta la actualidad son: Ceres, Juno, Vesta, Palas, Astréa, Métis, Iris, Parthénope, Hebé, Victoria, Marsilia, Lutetia.

RELOJ TERMÓMETRO.

Bien sabido es que los relojes de sobremesa tienen una propensión á atrasar en verano y avanzar en invierno, efecto de la dilatación ó reducción del péndulo que disminuye ó aumenta el número de las oscilaciones en un espacio de tiempo dado. Fundado en este principio, M. Becquerel, muy conocido en el orbe científico, ha hecho construir un reloj cuyo péndulo por su tenuidad, longitud y otras circunstancias es sumamente impresionable á las variaciones termométricas, y por consiguiente capaz de indicar por el adelanto ó atraso del reloj en 24 horas ó otro intervalo mayor ó menor, la temperatura media. El reloj-termómetro de M. Becquerel es tan sensible, que adelanta ó atrasa 40 ó 42 minutos en un día, dando así un resultado utilísimo para formar las tablas de la temperatura media de los diferentes días del año.

ARMONÍA ENTRE LAS MANCHAS DEL SOL Y LAS VARIACIONES DE LA AGUJA MAGNÉTICA.

Varios sabios distinguidos alemanes y franceses habian observado que existe mas de una relación entre el sol y las modificaciones de la aguja magnética: Así, á la época crítica de los solsticios y equinoxios, las variaciones de la aguja parecen mucho mas pronunciadas. Pero todo esto no pasaba de meras observaciones impéricas, sin esa dependencia mutua que caracteriza la ciencia y constituye la teoría. El informe leído por M. Arago anuncia resultados precisos, que son tal vez el punto de partida de una serie de descubrimientos trascendentales, si nuevas observaciones vienen á confirmar los hechos leídos por el célebre secretario de la Academia de ciencias.

Como consta á las personas un poco versadas en la ciencia,

la aguja magnética no se dirige directamente al norte, como generalmente se cree; é independientemente de sus variaciones diurnas casi incesantes, presenta una desviación mas ó ménos considerable segun los diferentes lugares.

Por otra parte el disco del sol ofrece, en su parte ecuatorial, vastas y numerosas manchas, que cambian rápidamente de forma y estension.

Ahora bien, M. Wolf, astrónomo de Berna, se ha dedicado á cotejar con una paciencia de que solo son capaces los alemanes, los números anuales acusados por M. Schwalbé relativos á las manchas del sol, con las variaciones observadas por el señor Lamont de Munich en la aguja magnética durante un largo espacio de años. Resulta de este exámen comparativo, que ambos fenómenos concuerdan entre sí; que la acumulación de las manchas en el astro, y las perturbaciones de la aguja coinciden perfectamente, y se renuevan cada diez años y cuatro meses; lo que arguye una causa idéntica y simultánea que obra en nuestra tierra y en la region en que se halla el sol. Esta observación puede ser una llave preciosa para la solución de problemas de alta ciencia.

NAVEGACION AÉREA.—SISTEMA DEL SEÑOR MELLER.

Desde diez años á esta parte, asistimos á tentativas tan numerosas como estériles sobre la navegación aérea. Todo el mundo conoce los resultados de las altisonantes promesas de los señores Montemayor, Petin, etc., para hacer progresar el descubrimiento de Montgolfier, que Franklin caracterizaba diciendo: « Es un niño recién nacido que andará con el tiempo. »

Ultimamente el señor Meller, observando que existen en la atmósfera, no ménos que en el mar, diversas corrientes, como lo acredita el vuelo opuesto de las nubes segun la mayor ó menor altura de su nivel, ha imaginado un ingenioso sistema, por medio del cual puede subir ó bajar sin echar lastre. Cuando quiere descender, deshinchá lijera-mente sus globos aerostáticos que se hallan en un gran cilindro de hierro terminado por dos conos; y con esta maniobra no pierde el gas, sino que lo deposita y almacena en grandes receptáculos; además por medio de pompas comprime el aire en receptáculos especiales. Para subir procede de un modo opuesto; esto es, pierde el aire de los receptáculos y vuelve el gas á los globos. De este modo busca con mas facilidad las corrientes que mas convienen.

El señor Meller ha imaginado otro medio de dirigir sus globos en tiempo de calma. Como todo el mundo ha observado que un pliego de papel, una chapa metálica, una pizarra, caen de cierto modo cuando abandonados se hallan estos objetos á su propio peso, de un modo inclinado, ó verticalmente segun la dirección inicial; el señor Meller posee, segun nos aseguran, un medio de inclinar su globo en tal ó tal dirección, segun convenga.

Prescindiremos de una descripción minuciosa de su aparato, porque, por su complicación, apenas podrían comprenderlo la mayor parte de nuestros lectores, reservándonos darles su exacta descripción, juntamente con una lámina conveniente, nuevos informes sobre este punto, y el juicio de los sabios, si, á diferencia de otros ensayos infructuosos, resolviese el señor Meller, en parte ó en totalidad el difícil y precioso problema de la navegación aérea.

MOSCAS VENENOSAS.

M. W. Oswell, uno de los que han descubierto el lago Ngami en el Africa meridional, anuncia la existencia de una especie de mosca que habita en el bosque que rodea la laguna de Mababi, y la misma que se encuentra en Limpopo y Sebetani: esta mosca, llamada *tresé* por los indígenas, y dichosamente reducida á cortas localidades, contiene un tósigo tan sutil, que bastan tres de estos insectos para acabar con el buey mas corpulento. M. Oswell ha visto perecer así mas de veinte bueyes. Los pastores se aprovechan de las bellas noches de invierno para atravesar los parajes en que habita esta mosca, que no pica durante el frío. La cabra y los terneros mamones son los únicos animales domésticos que resisten á la acción del veneno que no tiene efecto en el hombre y animales agrestes.

APLICACION DE LOS TELÉGRAFOS ELÉCTRICOS.

Por un decreto del jefe del estado, un sistema completo de telégrafos eléctricos cubrirá la superficie entera de la Francia antes de expirar el año de 1853, y todas las capitales ó ciudades principales de los departamentos se hallarán telegráficamente unidas á Paris, advirtiéndose que el gobierno central no se propone ceñirse á la transmisión de meras noticias, sino de documentos enteros. Así la centralización llegará á un grado de mejora increíble.

El ministro del interior ha dirigido una carta á la Academia de ciencias en que pregunta á esta ilustre corporación cual es el mejor de todos los sistemas aplicados ó propuestos hasta la actualidad. Para satisfacer á esta pregunta, una comisión ha sido nombrada con el fin de elaborar un informe competente, que harémos saber á nuestros lectores luego que salga á luz.

NUEVA LIGA DE PLATA.

Los metales y sus ligas presentan diversas propiedades muy preciosas que sabe utilizar, como á todo el mundo consta, la industria del hombre. Las propiedades de sonoridad, electricidad y magnetismo, por mas brillantes que parezcan, son tal vez ménos apreciables que la dureza ó blandura de ciertos metales, la fusibilidad é infusibilidad de otros, y sobre todo la ductilidad y maleabilidad, esto es la facultad que poseen algunos de adelgazarse en hilos ó alambres mas ó ménos tenues, y extenderse en chapas ó láminas mas ó ménos delgadas y lijeras bajo la acción del martillo ó castillejo. La

plata, y aun mas que la plata, el oro, poseen ambos estas últimas propiedades á un grado increíble; así con una onza de oro se puede cubrir una superficie de 5000 piés cuadrados. La platina es mas dúctil que maleable, lo contrario sucede con el cobre y con el hierro. El mercurio posee tres atributos especiales y característicos: la liquidez á la temperatura ordinaria, la volatilidad y la facultad de disolver y combinarse con los demás metales formando compuestos que llevan el nombre de *amalgamas*. Por último hay metales que no ofrecen ni uno ni otro de estos caracteres, y son agrios y quebradizos.

Las ligas ó combinaciones de los metales entre sí, son superiores á estos como utilidad práctica, pues en general reúnen mas propiedades ventajosas que cada uno de los componentes, y á veces caracteres nuevos especiales. Así para soldar el plomo, se emplea una liga compuesta de este metal y el estaño, liga sumamente fusible que adhiere con tenaz energía á ambas superficies del metal soldado. Si constasen tan solo de plomo, los caracteres de imprenta serian sumamente blandos y se aplastarian con la mayor facilidad; mientras que combinados con el antimonio, presentan la consistencia que se desea, y adquieren mejor las formas mas delicadas. Igualmente, sin una parte de cobre, la plata seria blanda en demasia como el plomo, y no podria servir como moneda ni artefactos de platería.

No solo las diversas combinaciones ó ligas cambian la naturaleza de los metales, sino tambien las diferentes proporciones de los componentes de la liga. Así con 90 partes de cobre y 10 de estaño se fabrica el bronce que forma la base de los cañones, estatuas y medallas; con 80 partes del primero y 20 del segundo, se forma un compuesto que goza, como ningun otro metal simple ó compuesto, de propiedades sonoras; con 60 partes de cobre y 30 de estaño, resulta una liga susceptible del mas vivo pulimento, y empleada en la producción de espejos y reflectores.

Como se ve, el número de las ligas aumenta con la civilización. Millares de ligas son posibles, y apenas si conocemos doscientas ó trescientas de las cuales, poquísimas han sido objeto de estudio y exámen peculiar.

M. Barruel últimamente ha hecho dar un paso á esta importante parte de la ciencia. Estudiaba este químico un mineral de la América del Sud que reputaba sumamente fino segun su blancura; pero la resistencia singular que oponia á las cizallas lo inducia á creerlo impuro. Para disipar sus dudas, analizó el mineral, y grande fué su sorpresa cuando vió que solo habia seis milésimos de metales extraños, esto es, tres milésimos y medio de hierro, dos milésimos de cobalto, y medio milésimo de níquel; bastando cantidad tan pequeña de metales heterogéneos para dar al metal una gran consistencia sin alterar su maleabilidad.

Intentó M. Barruel variar las proporciones de hierro, cobalto y níquel, permaneciendo la misma la de plata, y solo á igualdad de partes componentes obtuvo la mayor dureza.

Segun el químico citado, esta liga es susceptible de aplicaciones diversas: así conviene para las llaves ó cánulas de ciertos aparatos, como igualmente para las medallas cuyo relieve será de este modo mas duradero.

MASTODONTES.

M. Raoul-Rochette, miembro de la Academia de las inscripciones y bellas letras, ha leído una parte de una carta dirigida á un periódico griego por el señor Zygomalas, comarca de la Phthiada Fócida que contiene dos hechos muy interesantes para la geología.

El primero es el descubrimiento, en una fortaleza, de plantas y osamentas fósiles, pertenecientes á especies desconocidas.

El segundo es un depósito, en la montaña de Antinitzo, de mastodontes, depósito tan rico, que ningun otro se le puede comparar de los descubiertos hasta la actualidad.

Los mastodontes son animales que solo se presentan al estado fósil, y cuya masa y conformación se asemejan no poco á los elefantes.

La comunicación de M. Raoul-Rochette es del mas palpitable interés, y al mismo tiempo cobija los gérmenes de una nueva revolución en esa bella ciencia geológica que se puede intitular hija de nuestro siglo.

PROGRESOS RECIENTES EN EL DAGUERREOTIPO.

Fáltanos aun hablar de los recientes progresos de la fotografía. Este arte admirable, hija de nuestro siglo, busca con ansia la reproducción de los objetos con sus colores naturales, problema proseguido con ansia infatigable por todos los fotógrafos desde Daguerre y Saint-Victor. Los trabajos recientes de este último, autor de la fotografía sobre el vidrio, han dado una resolución á lo ménos parcial á este problema. Ya M. Becquerel habia conseguido fijar el espectro solar en la lámina ó placa del daguerreotipo, mas solo por algunos minutos.

Los resultados logrados por M. Niepce de Saint-Victor son mucho mas completos: la imagen deja en la placa sus diversos colores, y es de notar que estos no aparecen completamente sino despues de haber sido frotada la placa con una muñeca impregnada de amoníaco. Pero es preciso confesar que el problema se halla tan solo resuelto á medias, pues los colores que decoran la imagen y hace que sea la perfecta representación de los objetos, son esencialmente fugitivos y se disipan por la acción de la luz ambiente; en otros términos, es una pintura pasajera; pero parece que lo mas difícil esté resuelto cuando se ha conseguido fijar los colores, y lo demás es cosa de paciencia. Por lo tocante á la preparación particular de las placas ó láminas, para lograr el resultado mencionado, es proceder que se reserva M. Niepce dar á conocer al público cuando lo juzgue conveniente.

Otra mejora introducida en la fotografía, y debida á M. Martin de Versailles, consiste en el empleo de un

barniz de su invencion, sensible á la accion de la luz, con el cual recubre M. Martin las láminas de cobre ó acero destinadas á los grabadores. Preparadas así, é introducidas en la cámara oscura, no tardan las láminas en conservar la impresion de los objetos como la placa daguerriana ó el vidrio albuminado; y solo queda á los grabadores el seguir con el buril los rasgos ó trazos del dibujo que fijó la misma luz en la lámina, pudiendo con la mayor facilidad, si manejan bien sus instrumentos, reproducir cuadros y representaciones de objetos cualesquiera.

Revista de Modas.

Mis deseos para el año nuevo. — Porque amo á mis lectores y lectoras. — Las nuevas Dánaes en el Teatro Italiano. — Un vestido de córte, otro poético como un rayo de luna, y otro flor de guisantes. — Vuelve á aparecer el tocado *Moabita* del tiempo del imperio, bajo el nombre de tocado *Armenio*. — ¿Qué cosa es el tocado *Hebé*? — Lo que es delicioso para entrar en el baile. — Descripción del figurin.

Antes de hablar de la moda y de sus adorables creaciones, permitanme Vds., queridas lectoras, que les desee para el nuevo año que principia, todo cuanto pueden Vds. desear y aun soñar de satisfacciones, placeres y felicidad en este mundo.

Tal vez los deseos de una persona desconocida les harán á Vds. sonreirse; pero yo tengo la orgullosa pretension de ser un poco amiga de Vds., y en este título me fundo para rogar á Vds., señoras mías, que tengan á bien aceptarlos.

Deseo á Vds., pues, todos los encantos de coquetería en que las mujeres cifran su gloria y ambicion; chales de cachemira, diamantes, encajes, preciosos trajes, prendidos de flores, magníficas telas, y todas esas encantadoras y perfectas obras del arte y de la industria de que tan prodigios son el capricho y la fantasía. Además, probablemente se reirán Vds. de lo que voy á decir: les deseo á Vds., que permanezcan fieles al Correo de Ultramar, y por consiguiente á vuestra muy humilde y adicta cronista.

Yo amo á mis lectores y lectoras del mismo modo que á un orador le gusta tener un auditorio numeroso y atento. Es este un flaco muy excusable á la verdad, y ¿quién es el que no tiene el suyo en este mundo?...

Ahora que he dado á Vds. un apretón de mano, muy afectuoso, créanlo Vds., hablemos de las modas: — Continúan siendo tan extravagantes, escéntricas y originales, que al verlas tan fantásticas y locas no puede una ménos de preguntarse á sí misma adonde irán á parar. ¿Creerán Vds. que algunas *maravillosas* se han presentado en el teatro Italiano con polvos de oro y plata en el cabello?... Verdad es que habia una gran solemnidad, y que Su Majestad el emperador Napoleon III honra con su presencia una ópera de *Verdi*.

Con motivo de esta moda de los polvos de oro se han dicho algunos chistes. No ha faltado quien creyese que las bellas coquetas querian fascinar al Emperador, y que para agradarle se habian transformado en nuevas Dánaes. Lo positivo y cierto es que excitaron la admiracion y la curiosidad de todo el teatro.

Con un peinado tan extraordinario ya se deja conocer que las *maravillosas* empolvadas llevaban trajes magníficos. Una de ellas tenia un vestido abierto de terciopelo azul celeste bordado de abejas de oro, y debajo otro vestido de raso blanco bordado tambien de abejas. El cuerpo de terciopelo dejaba ver una pieza de raso guarnecida con blonda de oro con picos en ondas y lazos de marabús blancos. La saya era mas larga de lo regular y describia algunas ondulaciones retenidas de trecho en trecho con violetas de brillantes y lazos de blonda de oro y marabús. Dicha saya de terciopelo azul se ensanchaba sobre la saya blanca como un verdadero vestido de córte.

Otro traje consistia en un vestido de crespon blanco con cuatro sayas estrelladas de plata; cuerpo y mangas á la griega. El tocado era una diadema de brillantes con polvos de plata en los cabellos. La jóven que lo llevaba se asemejaba á un suave y poético rayo de luna. Era audazmente hermosa: cabellos sedosos y lustrosos como el terciopelo, ojos rasgados, boca encarnada como una cereza, tez pálida, mate y lustrosa como una camelia de color sonrosado; su sonrisa era irresistible.

El otro traje era blanco tambien. Sobre una saya de tafetan blanco revolteaban otras tres de tul del mismo color. Cada saya tenia por adorno un dobladillo, y por encima de este una carrera de gruesos guisantes de oro mate. El cuerpo fruncido con bastilla por arriba, la cual representaba un encañonado vaporoso al rededor del pecho y de las espaldas. En toda la extension del dobladillo habia tres hileras de guisantes de oro. Las mangas eran de la misma forma que el cuerpo. El cinturón de tafetan blanco bordado de guisantes de oro tenia dos lazos al lado. Las puntas del primero no pendian mas que hasta la mitad de la saya; pero las del otro, caian hasta abajo.

La variedad de los tocados y adornos de cabeza era inmensa.

Sin conocerlo vamos volviendo á los turbantes y medio turbantes del tiempo del Imperio. Entónces esta especie de

tocado se llamaba *Moabita*, hoy le llaman *Armenio*. ¡Nuevos tiempos, nombres nuevos!...

El tocado *Armenio* se hace con un cordon de oro; forma por detrás el casco griego y viene por delante encima de las cocas. De este cordon pende una chalina de oro y seda de las Indias que se enlaza como un turbante al rededor del casco y cae por la izquierda en dos puntas flotantes. Por la derecha hay tres franjas de oro de diferente grueso formando ondas. La primera que se presentó en el teatro Italiano con el tocado *Armenio* fué la señora duquesa de B*** que es una de la mujeres mas á la moda de todo Paris.

Además del *Armenio* hay tambien el peinado á la *Hebé* que obtiene en los salones y en el teatro un gran éxito de juventud y coquetería. Este peinado consiste en una guirnalda de flores armada sobre una cinta de seda y oro, dibujo cachemira. Las flores están enteramente cubiertas con tul imperial cuyas anchas mallas sirven de transparente por decirlo así.

Lo que es tambien preciosísimo para traje de baile es una *mantita* descotada de *gros* de Escocia blanco, forrada de raso color de rosa, acolchada en forma de tablero de damas. Dos tiras de blonda antigua colocadas sobre una cinta de raso color de rosa guarnecen la manta que lleva por abajo una magnífica blonda con dibujos de relieve y ondulaciones de flecos. La capucha en forma de esclavina está adornada tambien con blonda y transparente rosa, y lazo de raso del mismo color.

Esta manta sirve para entrar en los bailes, en el teatro de la Opera y en el de los Italianos.

Para que mis lectoras puedan formarse una idea de los trajes de baile, les suplico que miren el figurin que acompaña á nuestro número de hoy. Contiene cuatro trajes encantadores por su género, gracia, coquetería y elegancia.

El primero es un vestido de muer antiguo verde luz. El cuerpo muy descotado y con deliciosas aldetas por delante y por detrás, está adornado con una berta de punto de Alençon cerrada por delante con tres rosetas, de cinta verde, en cuyo centro hay un diamante. Las mangas son estrechas y están cubiertas con punto de Alençon lijamente fruncido. La guirnalda de flores colocada en la cabeza representa una diadema de rosas y violetas. Este traje lo completa un sobretodo *Raquel* de *gros* de Escocia blanco, forrado de raso del mismo color con bordados de seda mate ó de plata, por los hombros y de la capucha, cuelgan unas borlas de seda blanca ó de plata.

El segundo traje es de color de rosa. Vestido de crespon con tres sayas bordadas todas ellas con deliciosos arabescos de relieve. El cuerpo muy descotado, con aldetas muy cortas y berta redonda. En los hombros una chalina de armiño. — Tocado de cinta blanca tejida con oro, y follaje de terciopelo. La cinta da vuelta á la cabeza casi como un turbante.

El tercer traje es gris azulado, suave como una niebla de la primavera y de una transparencia poética. Para aventurarse á llevar un vestido semejante, es necesario tener veinte años, cabellos rubios, y un cutis muy blanco. El vestido lleva tres volantes de tul con un simple dobladillo; de cada dobladillo y por cada costura de los paños se escapa una cinta de muer gris formando un lazo con puntas colgantes. El cuerpo guarnecido con pliegues antiguos guarnecidos de puntilla de Inglaterra. Un lazo á lo Luis XIII y de muer separa los pliegues. El peinado es un cordon de terciopelo labrado ó *epingle* con rosas blancas y follaje de crespon.

El cuarto traje es blanco, vestido de *gros* de Escocia con saya doble, magníficamente bordada por encima de un espacio que figura el dobladillo. El cuerpo está guarnecido con puntilla de Inglaterra en forma de conchas. En medio del cuerpo luce un ramillete pastel, es decir, una deliciosa mezcla de flores silvestres y de jardin. El peinado es una redcilla de flores diferentes que cubre toda la cabeza por detrás; pulseras de cinta para sostener otras ricas pulseras de oro y piedras preciosas; zapatos de *gros* de Escocia, blancos y con escarolado de muer.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Enfermedad de la Remolacha.

Quando la fabricacion de azúcar indígena va haciendo cada dia progresos mas increíbles á medida que han ido desapareciendo los obstáculos proteccionistas, he aquí que se presentan nuevas dificultades. Tristísimo es á la verdad ver el cultivo de la planta que sirve de base para esos prodigios de la industria, comprometido por una enfermedad que será acaso tan difícil de explicar como la que destruye algunas otras plantas todavia mas útiles que aquella. El señor Gouviou fué el primero á probar que desde el año 1847, la cosecha de remolachas que en la comarca de Denain ascendia á ciento veinte mil libras por hectara, ó dos fanegas y media de tierra, ha ido disminuyendo de año en año, y en 1851, solo ha producido cuarenta mil.

Fácil es conocer cuan grande fué la alarma entónces. Los señores Payen y Dumas fueron llamados á consulta, y en una sesion extraordinaria del congreso de agricultores del norte que tuvo lugar el dia 4 de octubre de 1851, se indica-

ron los caracteres de la enfermedad, se examinó cuales habian sido los pueblos peor tratados, los que ménos habian sufrido, y los que no habian sido atacados sino muy lijaramente. Hubo algunos doctores pesimistas que pronosticaron el dia en que la remolacha iba á desaparecer enteramente del privilegiado suelo de Tandes; pero hubo tambien otros doctores optimistas que solo veian en ello un accidente pasajero el cual consistia en las abundantes lluvias que cayeron durante las labores; y predijeron su próxima y completa curacion.

La primavera de 1852 principiò bajo los mas favorables auspicios; nunca habian visto los cultivadores dias mas hermosos para hacer la siembra. Las raices y las hojas tomaban una lozanía que no habian tenido hacia algunos años: Todos se prometian hacer una rica y abundante cosecha de azúcar, y repetian: « La enfermedad ha desaparecido.» Pero á fines de Julio principiaron á manifestarse algunos síntomas desfavorables; poco á poco se extendió el estrago, y á mediados de setiembre no quedaba ya en el distrito de Valencenas mas que un corto número de sembrados que no habian sido atacados de la enfermedad.

En el último congreso que se reunió en el mismo mes de setiembre se tuvo una nueva consulta sobre el particular, y el señor Stievenart, médico del hospital general é individuo de la sociedad de agricultura de Valencenas, en un ilustrado y elocuente informe que leyó, expuso el estado de la cuestion. El congreso principiò en seguida á tentar el pulso de la remolacha, como dice con oportunidad uno de sus miembros, y á discutir acerca del caso patológico sometido á su examen. De las explicaciones dadas por los sabios teóricos, los señores Dumas, Payen, Leblanc, Peligot, Kuhlman, Pesier, Stievenart, y por los fabricantes y cultivadores los Sres. Guyon, Blanquet, Loqueneux, Dervaux, etc., ha resultado, si no una luz completa (como dice el señor Barral en el *Diario de Agricultura práctica*) á lo ménos una claridad que permitirá tal vez penetrar en esos laberintos y llegar á alguna solucion que pueda ser admitida.

Con el objeto de prestar un servicio al público, el señor Stievenart ha tenido á bien enviarnos una copia de su informe, acompañada de los dibujos que publicamos en el presente número. En él nos hace conocer que la enfermedad se manifiesta en las hojas por medio de unos puntitos amarillos, transparentes y del tamaño de un granito de mijo. Al cabo de algunos dias, el número de los granos se aumenta de tal modo, que toda la hoja presenta unas picaduras muy notables. Dichas manchitas crecen muy luego, acaban por reunirse unas á otras, y entónces forman unos jaspeados que se distinguen muy bien poniéndolas delante de la luz. Por lo regular las hojitas del corazon de la planta son las primeras que enferman y toman un color verdoso y característico; entónces por medio de una influencia meteorológica que todavia no ha sido bien estudiada, sucede á veces que las plantas enfermas se reverdecen y hacen creer sin razon á muchos cultivadores que la enfermedad se ha cortado. En efecto, si se examinan de cerca las hojas, parecen mas verdes á la verdad, pero su superficie se encuentra como granujenta, hinchada y presenta alternativamente algunas chapas opacas y transparentes. En ese período de la enfermedad la hoja se enrolla en sí misma, por decirlo así, y presenta el aspecto de un caracol. Hay otro fenómeno morbífico tan notable como los demás de que hemos hablado, y es la friabilidad de las hojas enfermas. Las hojas sanas presentan cierta elasticidad y resistencia á la presion; y por el contrario las hojas enfermas estragadas suavemente con la mano se hacen mil pedazos. De modo que cuando se atraviesa un sembrado muy atacado de la enfermedad, parece que se anda sobre hojas de vidrio muy delgado, tan particular es el ruido que hacen las hojas que se tocan al pasar.

Examinando las raicillas de las remolachas que parecian sanas, el concienzudo agrónomo ha reconocido que las barbillas estaban muy profundamente atacadas y como podridas. Algunas de esas raicillas, examinadas con el lente, presentan ciertas erosiones en forma de boca artificial ó de embocadura de algunos instrumentos de cobre. Si se examina el estado de las raices mas gruesas, se ve que están quebradizas, pardas y enteramente enfermas. Haciendo una incision en el nabo, se ve que las capas concéntricas están ménos coloradas que en las raices; y por último miéntras mas se adelanta hácia la cabeza, mas se desvanece el colorido para dar lugar á una tinta enteramente blanca y por lo tanto enteramente normal. Es pues evidente, segun el informe, que la enfermedad principia por las raices.

Los dibujos que hemos tomado del informe, hacen ver la diferencia que existe entre las hojas y las remolachas sanas y enfermas. Estas últimas cortadas al través presentan su eje leñoso y sus capas concéntricas llenas de un color pardo mas ó ménos oscuro, segun el grado mas ó ménos adelantado de la enfermedad; pero en el estado sano dichas partes son blancas.

De todos modos la enfermedad es muy diferente de la que ataca con frecuencia á las remolachas plantadas en un terreno recién desmontado, que ha sido perfectamente bien estudiada en la granja-escuela de Guizancourt, y que no se propaga en los campos cultivados hace mucho tiempo. El señor Lerolle ha descrito sus caracteres en el número del

Diario de Agricultura práctica de Mayo último. Tampoco tiene nada que ver con la que afligió a los cultivadores de las cercanías de Paris, y provenia de unos insectillos del género de los aradores u otro. Segun la opinion del señor Payen el exagerado desarrollo de los pelos de las raicillas parecia indicar cierto exceso de humedad perjudicial a la planta y que convenia extraer por los medios usuales de desecacion; pero, segun la opinion general del congreso, en lo que consiste mas que nada es en la imprevision de los cultivadores que habian agotado en la tierra los elementos necesarios para el crecimiento de la planta, y sobre todo las sales cuya base es la potasa. Sin hacer caso de los avisos que desde el año de 1849 les ha estado dando la ciencia, acerca del peligro que habia para ellos en exportar de sus tierras en forma de melaza las sales mas preciosas, y en no compensarlas lo bastante con sus abonos, la mayor parte de los cultivadores han continuado su rotacion bisanua de trigo y remolachas: otros han llevado su imprudencia hasta sembrar de remolachas todos los años la mayor parte de sus tierras, y eso a pesar de tener a la vista el prudente ejemplo de la granja-escuela de Guizancourt, en donde se cuida de variar la division ó amelga del terreno, sembrando en ellos alternativamente colsa y forrages artificiales; y eso que ya habian presenciado un hecho análogo de aniquilamiento de uno de los elementos del suelo con el cultivo demasiado repetido de las achicorias. Segun cuenta el

señor Stievenart, en un pueblo de las cercanías de Valencenas sembraron achicorias durante mucho tiempo, y en el dia los

cultivadores se ven obligados a renunciar a una planta que ya no encuentra alimento en sus tierras; mientras que por otra parte los fabricantes van a establecer sus ingenios en otros territorios menos cansados.

He aquí las decisiones adoptadas por el congreso; todas las personas que se dedican al cultivo de las remolachas deberian hacer experiencias para averiguar 1º si por medio del aditamento de cierta cantidad de potasa, de sales diferentes de la potasa, de cal ó de marga, se consigue disminuir ó hacer desaparecer la enfermedad en las tierras destinadas al cultivo de la remolacha; — 2º si abonando las tierras un año antes como en Prusia, podrá aumentarse considerablemente la produccion de remolachas; — 3º si combinando las operaciones de la desecacion con el establecimiento de tubos para airear, podria darse al terreno una permeabilidad que junta con el efecto de la desecacion pudiera contener los progresos de la enfermedad; — 4º por último si renovando la simiente se conseguiria regenerar la especie y destruir el germen de la enfermedad.

Así pues solo se ha dado el primer paso en este importante asunto. El año próximo habrá nueva consulta y debemos esperar que se fundará y apoyará en experiencias comparativas hechas con el mayor cuidado. Tiempo es ya de remediar un mal que amenaza a una considerable parte de los productos de la tierra; de otro modo pronto no habrá mas plantas que la *zanahoria* de quien se pueda decir que no tiene novedad.

SAINT GERMAIN LEDUC.



A. Hoja enferma con jaspeados y retorcida en forma de caracol.
B. Raiz enferma, con capas concéntricas formadas por los haces vasculares bbb negruzcos.

C. Hoja sana, lisa, sin rastro de jaspeados.
D. Raiz sana con capas concéntricas formadas por los haces vasculares ddd enteramente blancos.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — IMPRENTA J. CLAYE, CALLE SAN-BENITO, 7.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.

Este periódico sale a luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.....	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.....	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.....	15	» »	Para Valparaíso, Santiago de Chile, San Francisco de California.....	16	» »
Para Puerto Rico.....	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.....	18	»			
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.....	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).....	14	» »			
Para el Paraguay.....	16	» »			

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA.

PARTE POLITICA, LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.

Para Veracruz y Tampico.....	14	» »
Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.....	16	» »
Para el interior de la República Mejicana.....	21	» »

NOTA. — No se admiten suscripciones a este periódico sino por semestres principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo a los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES :

Londres.....	MM. SIMMONDS.	Cobija.....	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.....	MM. J.-M. SANCHEZ ENRIQUEZ
Nueva York.....	— Eug. DIDIER.	Demarara.....	— Richard HAYNES.	Quito.....	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.....	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.....	— P.-J. LOSS.	Ria Hacha.....	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.....	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil.....	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).....	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arequipa.....	— J. María REY DE CASTRO.	Laguayra.....	— A.-M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.....	— Dr MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).....			— José MACIAS.	Santa Marta.....	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.....	— VASQUEZ CÓRDOVA.		— P. CASAUX.	San Juan de Nicaragua.....	— Jean MESNIER.
Bogota.....	— SIMONNOT.	Lima.....	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.....	— Felipe LAY.
Buenos Ayres.....	— CLARMONT.	Maracaibo.....	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.....	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Id.....	— LUCIEN y Ca.	Matanzas.....	— J.-M. PEREIRA.	San Tomas.....	— BENEDETTI.
Caracas.....	— J. C. CORBIN.	Maturin (Cumana).....	— BOIX, BESSERER y Ca.	Tacna.....	— Carlos BASADRE.
Id.....	— Emile PHILIP.	Monpos.....	— A. LAS CAZES.	Tampico.....	— A. DELILLE.
Cartajena.....	— H. P. DE LA VEGA.	Méjico.....	— SMITH y Ca.	Trujillo del Perú.....	— Andres ARCHIMBAUD.
Gati.....	— J. María CAÑADAS.	Montevideo.....	— Rafael IRURITA.	Valencia.....	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolivar.....	— THIRION.	Panama.....	— Rafael ROJAS.	Valparaíso.....	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Cumana.....	— A. PESQUERA.	Popayan.....		Vera Cruz.....	— JUAN CARREDANO.